

Es propiedad
de D. V. de Lataña.

Librerías de Jordan,
Ríos, Pérez y Cuesta.

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

ALFONSO EL MAGNO, O EL CASTILLO DE GAUZON.

Drama histórico en tres actos y seis cuadros, en prosa, por D. Nicolás Castor de Caunedo, para representarse en Madrid el año de 1851.

Al Sr. D. Nicolás de Caunedo y Caunedo, en muestra de amor y respeto, su hijo—El Autor.

PERSONAGES.

ERMISENDA.
ALDONZA.
EL REY DON ALFONSO III el Magno.
DON GARCIA, infante primogénito.
DON ORDOÑO, su hermano.
EL CONDE DON OSORIO, alférez mayor del Rey.
ISMAEL, esclavo moro de don Garcia.
AURELIO, señor del castillo de San Juan.
ELADIO.
RODRIGO.
DOS ENBAJADORES MOROS.
UN PAGE DEL REY.
Cortesianos, moros de la comitiva de los embajadores, conjurados y soldados.

Asturias, siglo X.

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

EL MENSAJE.

Salon de recibimiento del real castillo de Gauzon (1); puerta en el fondo; otra á la derecha del actor que conduce á los aposentos del rey; en la misma parte y cerca del proscenio, balcón practicable que se supone dar sobre el mar; otra á la izquierda á las habitaciones de don Garcia; en el mismo lado el trono. Varios trofeos de guerra moriscos y cristianos adornan la estancia; cerca del trono el pendon real, que será azul, con la cruz de la victoria bordada de oro (2).

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE D. OSORIO, ELADIO y varios cortesanos; los infantes DON GARCIA y DON ORDOÑO un poco apartados hablan en secreto con algunos conjurados.

Oso. Si, nobles señores. La guerra sagrada va de nuevo á comenzar.

Ela. Muchos creían, no obstante, que la tregua con los moros se prolongaría otros tres años.

Oso. Nuestro invencible monarca rechaza la idea de que su invicta espada repose ociosa un solo instante, y pronto, muy pronto plantaremos por segunda vez la gloriosa enseña de la cruz de la victoria (3), en las orgullosas cumbres de Sierra Morena, que el grande Alfonso ha señalado por lindero á sus estados.

Ela. Sea en buen hora; las larguezas del rey y y nuestras buenas espadas, nos darán nuevos feudos y castillos, robustos esclavos que labren nuestras tierras, briosos corceles para la batalla, y ricas joyas que ofrecer á nuestras damas. Qué mas podemos desear? Guerra al moro! que nos ofrece, además de la gloria, la riqueza que nuestros montes nos niegan. Y cuándo se emprenderá la expedición, señor alférez mayor?

Oso. De aquí á tres dias saldrá la corte de Gauzon para Oviedo, donde el rey, segun costumbre, ofrecerá antes de partir algunos dones á la Virgen de las batallas (4), y aguardará la reunion de los señores feudales, que al frente de sus mesnadas marchan ya presurosos á la ciudad real.

Ela. Que me place; mas yo pensaba que el gran

rey concedería algunos momentos mas al reposo, tan necesario en su edad ya avanzada, y después de vida tan trabajosa, y colmada de continuados triunfos.

OSO. Habeis olvidado sin duda, noble Eladio, que Alfonso el Magno, antes que rey es soldado; que habita mas tiempo bajo la tienda de campaña, que en su palacio real, y que aveza lo á manejar la espada, olvida con frecuencia que tiene tambien un cetro que empuñar?

ELA. Cierto es que nuestro rey es el mas belicoso guerrero de su prosápia de héroes.

OSO. Dentro de breves instantes veremos en esta estancia á los mensajeros del infiel, que serán recibidos en primera y última audiencia, y llevarán á su señor la noticia de la nueva guerra que va á encenderse, pues la última tregua espiró ya.

GAR. Y os ha manifestado tambien su alteza, á quien piensa confiar el mando de la vanguardia?..

OSO. Nada me ha dicho; mas supongo que del mismo modo que otras veces hicimos entradas en tierra de moros; solo á vos, como infante primogénito, como heredero del ilustre trono de Asturias, estará reservado tan alto honor.

GAR. Muy sensible será para mi, ilustre primo (5), no participar por esta vez de los laureles de que sin duda vais á cubriros; mas la salud delicada de mi madre y reina, me impone el deber de acompañarla en su castillo de Cultrociés (6), donde ahora reside, y velar allí por su sagrada persona durante la ausencia del rey. Mis nobles hermanos Ordoño y Fruela ocuparán dignamente mi lugar; y sus espadas brillarán cual de costumbre en lo mas peligroso del combate.

ELA. Mucho retarda hoy su alteza el momento en que puedan sus vasallos presentarle su homenaje de amor y de respeto.

OSO. Retirado en su aposento con el venerable Sebastian, el obispo de Salmántica, se ocupa en este instante en dar cima á la trabajosa obra del Crónicon, en que con elegante penna, refiere las proezas de sus esforzados progenitores (7), y que piensa legar á sus hijos como un recuerdo no menos glorioso que su victoriosa espada.

ELA. Alfonso el Magno es en verdad tan valeroso como sabio.

ORD. (á don Garcia, al ver á Aurelio.) (He aqui nuestro enemigo.)

ESCENA II.

Dichos y AURELIO.

OSO. Sed bien venido: (todos los cortesanos se inclinan ligeramente.)

GAR. Qué nos dice el bizarro señor del castillo de San Juan (8)? Ha ordenado ya á sus escuderos le prevengan fuertes mallas de reserva para tomar parte en la guerra santa, ó el cargo que su alteza le confirió de guardar estas costas de los piratas normandos, le detendrá por ahora en las cercanías de Gauzon?

AUR. (con sequedad.) No señor, seguiré al rey. Jamás fué tan necesaria á su lado la presencia de sus buenos servidores, como en épocas en que la traicion y la perfidia habitan en su pro-

pio alcázar, en su régia cámara, en su mismo lecho tal vez.

ORD. (á don Garcia.) (Qué querrá decir.)

OSO. Aurelio, qué hablais?

GAR. (á Ordoño.) Por Dios, no os comprendo! (Si estaremos descubiertos!) Qué puede temer el rey mi padre, rodeado como está de subditos leales, de una esposa lierna, de hijos sumisos?..

AUR. Permitid, señor, que os interrumpa. Nuevas terribles llegaron á mi oido, y si por desgracia se confirman, me veria obligado á revelar á Alfonso III, aunque sea necesario descubrir nombres que no debiera pronunciar sino con respeto.

OSO. Hablad sin rebozo, fiel Aurelio.

GAR. (con temor.) Mas qué pruebas teneis?Cuál peligro nos amenaza?

AUR. Leed vos mismo y juzgad. (entregando á don Garcia un pergamino roto.)

ORD. (Maldición sobre ti!)

GAR. (tomándolo con agitacion.) (Qué veo!) (leyendo.) «Promesas de libertad á los esclavos moros...» «disminucion de los tributos que agobian á los pecheros...» «la paz con el Califa Cordobés. ignora lo que estas letras quieren expresar. (con frialdad devolviendo el pergamino á Aurelio.)

AUR. Infante! Habeis olvidado algunas. Acabad vos de leer, buen conde. (dando el pergamino á don Osorio.)

OSO. (después de recorrer el escrito.) Cielos, es posible! (leyendo en voz alta) «Don Alfonso será encerrado en Gauzon, y vestido de monje; en el momento será proclamado solemnemente en San Salvador de Oviedo el...»

ELA. Una conjuración contra el rey!

OSO. Fatalidad! Aquí está roto el escrito... Mas, cómo pudo llegar á vuestras manos?

AUR. Entrando ayer en busca del rey mi señor en la santa capilla de este alcázar, en ocasion que las sombras de la noche cubrian su sagrado recinto, vi destacarse en la oscuridad, que solo interrumpia la dudosa luz de la lámpara, una figura de siniestro aspecto. Acercóse cautelosamente, y ocultó bajo el altar del Salvador un objeto del que quise apoderarme; mas apercibido el incógnito de mi movimiento; y de que era observado, huyó á favor de la oscuridad, interponiendo entre mi cuerpo y el suyo la puerta que dá entrada á vuestros aposentos. (á don Garcia) Sin embargo, logré arrebatarle este trozo de escritura.

OSO. La traicion se alberga dentro de la morada real! (con fuego.) La vida del rey peligrá! Caballeros, busquemos al traidor, y sepulremos sin piedad nuestros aceros en su infame corazon.

ELA. Mueran los enemigos del rey y de la patria.

CORT. Mueran!

ORD. (Cielos!)

GAR. (con frialdad.) No veo por ahora, valientes paladines, tan gran motivo de alarma. Tal vez algun conde ambicioso intenta, valiéndose de los esclavos, forjar una sublevacion, cual aconteció ya en reinados anteriores, y tambien, por veces repetidas, en el de mi augusto padre... (9); mas creo que si llegase á estallar, sea in-

mediamente reprimida, y el poderoso brazo de su alteza vencerá, cual siempre, á sus enemigos pérfidos. Doloroso es...

AUN. Bien decis, señor! Doloroso es en verdad que aun esté ignorado el nombre del traidor, para que sin tardanza el hacha del sayon cayese sobre su culpable cabeza, por erguida que fuera.

ORD. (Antes la tuya, aborrecido Aurelio!)

ESCENA III.

Dichos, un PAGE, y detrás El REY.

PAGE. (abriendo la puerta de la cámara real y anunciando.) El Rey, señores. (todos los circunstantes se inclinan profundamente al salir el Rey, y el Page se retira por el foro.)

REY. Guardeos el cielo, mis buenos vasallos.

OSO. Gran señor, á vuestras plantas.

REY. Alzad. Meo con gozo vuestros rostros mas animados que de ordinario, y creo adivinar la causa; el instante de cruzar de nuevo nuestras espadas con los corvos alfanges del Alarve, se aproxima ya, y con tan valientes brazos cuento anticipadamente con la victoria.

OSO. Señor, yo que heredé de mis ilustres ascendientes el alto honor de custodiar en las batallas el pendon real, me atrevo á ser el intérprete de los sentimientos que animan á la nobleza asturiana. Si, gran rey; conducidnos al combate; y vuestro sin igual esfuerzo será cual siempre coronado por un memorable triunfo. Las glorias de Alfonso III eclipsan ya las de Pelayo y del rey Casto. Vuestro esplendoroso nombre es el terror de los infieles que huirán espantados, apenas yo, vuestro alferéz, tremole la siempre vencedora bandera del Rey de Oviedo, diciendo: victoria por Santiago y por Alfonso el Magno!

REY. Ese noble ardimiento, valiente conde, digno representante de mis fieles paladines, es como habeis dicho muy bien, una muestra del que anima á los demas, y una prenda segura de la victoria. Si, esforzados astures, marchemos contra el infiel, y humillaremos cual siempre sus altivas medias lunas. Qué temible en su trono de oro el arrogante tirano de Córdoba!

ESCENA IV.

Dichos, UN PAGE, luego los EMBAJADORES con numerosa comitiva.

PAGE. Señor, los Embajadores del Califa desean tener la honra de presentar á vuestra alteza el mensage de su señor, y en el próximo aposento aguardan vuestra licencia real.

REY. Que entren al punto. (vase el Page.)

(Se sienta el rey en el trono; todos los cortesanos y conjurados se sitúan á uno y otro lado. A la derecha, y mas inmediatos, don Garcia y don Ordoño; don Osorio y Aurelio á la izquierda. Los embajadores y su comitiva entran con mesurados pasos, y cerca del trono, saludan á la usanza oriental, cruzando los brazos sobre el pecho é inclinándose profundamente.)

EMBAJADORES. Rey Anfús!

REY. Sed bien venidos.

EMB. 1.º El siempre vencedor, y nunca vencido, el grande Abdalá Ben-Hohamet, el Omiada Emir, Califa de Córdoba, el defensor de la ley

de Dios, al cristiano Anfús, rey de las Galicias (10), salud!

REY. Podeis hablar; ya os escucho.

EMB. 1.º El querido del Profeta, el Almuncmin y principe de los creyentes, desde lo alto de su trono de marfil, tendió una mirada de compasión sobre la infeliz España, que Alá puso en sus manos. (señalando al cielo.) Por do quiera sangre y muerte, ciudades yermas, desolacion y espanto; he aqui el triste cuadro que presenta este desventurado pais, sobre el que el cielo habia deramado á manos llenas todos sus dones. Cesen, oh Rey! desde hoy nuestras sangrientas lides, y Asturias y Córdoba formen un solo pueblo. Cristianos, y musulimes dejen de ser enemigos, y sean desde hoy hermanos. (muestras de desaprobacion entre los cortesanos.) No haya sino un solo señor. Reine la paz y la ventura entre los españoles!

REY. Y para llegar á ese felice término, qué condiciones pide vuestro monarca?

EMB. 2.º Helas aqui. Doblá tú y tus vasallos la rodilla ante el sublime Profeta, abjura la supersticiosa ley de Cristo, y su Califa te conservará el señorío de estas provincias, mediante el tributo que tus antecesores acostumbraban pagar á los Emires de Córdoba. O bien si descas seguir en la engañosa religion de los Nazarenos, entrega por tí mismo, y de buen grado, tu corona al querido Dios; de no, prepárate á rendirla por la fuerza, y á recibir de su poderosa mano una muerte cruel é ignominiosa. (murmillos y muestras de impaciencia entre los cortesanos.)

REY. Silencio! (á los cortesanos.) Olvidais que estais delante de vuestro Rey? (á los Embajadores.) Esto es todo?

EMB. 1.º Todo.

REY. (después de una corta pausa.) Desprecio tan solo me inspiran tus locas palabras, perro infiel. De cuándo los timidos corderos dictan leyes á los fieros leones? De cuándo el vil tirano andaluz, osa imponer condiciones al poderoso rey de Oviedo? Escucha ahora mi respuesta. Dile, esclavo, á tu señor, que fueron ya los menguados tiempos del infame Mauregato; que el tributo que me pide, yo mismo á la cabeza de mis bravos caballeros; iré á llevárselo dentro de breves dias, en el hierro de mi lanza. (señalando las armas y banderas moriscas.) Dile mas; que has visto los adornos que decoran mi régia cámara, espejos de Orbigo, de Atienza, de Coimbra y de Zamora. Mas, que aun necesito una alfombra para pisar yo y mis guerreiros, y que para este uso he destinado su bandera!

OSO. Asturias y Alfonso el Magno!

TODOS. (excepto don Garcia y sus partidarios.) Viva!

OSO. Guerra eterna á los enemigos de Cristo!

CORT. (idem.) Guerra!

REY. Sarracenos, ya lo ois! A mis valientes paladines les espanta toda idea de alianza con los vuestros. Guerra eterna! Guerra á muerte puedo ofrecerles tan solo! (quita un guante que arroja al suelo y que el Embajador recoge.) He aqui el presente que en mi nombre pondreis en manos de Abdalá. Y esa prenda, que no dudo aceptará, sino es tan cobarde como jactancioso, sirva de señal de muerte para uno de los

dos. ¡Infiel! decías bien, no debe haber dos señores en España; de hoy en adelante uno solo lo será. El dedo de Dios ha escrito ya su nombre en el cielo, y allí leeremos muy pronto, en caracteres de fuego, Alfonso ó Abdalá. Marchad en buen hora á prevenir á vuestro amo, que muy pronto nos veremos en el campo de batalla, y que un combate singular entre el monarca de Asturias y el Califa de Córdoba, decidirá la suerte de sus pueblos.

EMB. 1.º Esta es tu última respuesta á mi mensaje?

REY. Esta llevarás á tu señor.

OSO. Embajadores, decid también al orgulloso Abdalá, que el alfez mayor de don Alfonso ha jurado á Dios y á su Dama, y siempre los Osorios cumplieron sus juramentos y palabras, clavar este pendon (*señalando el pendon real.*) en la mas alta torre del alcázar de Toledo. Viva Alfonso III el Belicoso!

CORR. (*excepto don García y los suyos.*) Viva!

EMB. 1.º No hay mas Dios que Dios. Cúmplase lo que está escrito!

EMB. 2.º Alá protegerá sus creyentes.

(Baja el Rey del trono y se retira á su estancia seguido de todos los caballeros. Los Embajadores despues de saludar silenciosamente se retiran por el fondo. Don García y don Ordoño acompañan al Rey y vuelven á la escena.)

ESCENA V.

DON GARCIA Y DON ORDOÑO.

ORD. Ya lo oisteis, hermano; nuestros proyectos están á punto de descubrirse; ese hombre fatal para nosotros, ese maldecido Aurelio...

GAR. No temas, Ordoño; todo está previsto.

ORD. Oh! pronto, pronto; que el puñal de Ismael nos liberte de tan temible adversario. No demos lugar á la piedad; de no, nuestras esperanzas serán desechas como el humo, y tal vez nuestras cabezas...

GAR. (*sonriéndose.*) No tanta impaciencia, hermano mio.

ORD. Repara que para los conspiradores el tiempo corre con dobles alas que para los otros hombres; que un momento solo mal gastado puede por siempre perdernos.

GAR. Marcharás desde luego á Cultrocies á prevenir á nuestra madre del feliz estado de nuestras negociaciones, y de los descubrimientos de Aurelio. Despues de recibir sus sabias instrucciones, corre sin perder instante al castillo de Boides, donde te aguardarán desde mañana nuestros fieles partidarios en número de mil peones, y cincuenta caballeros, y desde allí despacharás avisos á nuestro hermano don Fruela, que á estas horas debe haber llegado á Oviedo.

ORD. Nada olvidaré, García. Y de los nuestros, cuál será la contraseña?

GAR. Ermisenda y Gauzon.

ORD. Voy, pues, sin tardanza. (*inclinándose y sonriéndose.*) Adios, noble rey de Oviedo. (*vase.*)

GAR. Adios, conde de Galicia. (*sonriéndose también.*)

ESCENA VI.

DON GARCIA, solo; pausa.

Oh! Qué lentas corren las horas! Ordoño y mis parciales me creen tranquilo, cuando la impaciencia y el temor destrozan mi alma agitada. Cuándo lucirá el suspirado día que ciña mi sien la rica corona de rey de Asturias y Galicia? Oh! Si; no está ya lejano, mi corazón me lo anuncia. Mas será ilusion del deseo? Será burlada mi esperanza? He aqui el trono... ese es el lugar que yo debo ocupar para alzarme sobre todo un pueblo, que rendido y humilde se postrará á mis plantas; para llevar tras mí pendon un ejército de valientes, ante el que huirán despavoridos mis enemigos. Por qué no estoy ya sentado en él? Por qué mi padre lo ocupa todavia? Por qué, cuando está ya su sangre casi helada, no me cede de buen grado el lugar que me señalan mi ilustré nacimiento, mi robusta juventud, y mi esfuerzo en los combates? Y tú, desdeñosa Ermisenda, tú concederás al poderoso monarca lo que osaste negar al oscuro cazador... Si, yo te veré á mis pies pidiéndome deshecha en llanto la vida de mi rival, de ese aborrecido Aurelio, que no solo se atrevió á ser el favorito de mi padre, á ser el mayor obstáculo á mis designios, sino también á poner los ojos en la mujer á quien se dignó amar su señor. El trono y Ermisenda necesita para vivir mi alma de fuego! Ningun obstáculo, ningun crimen, me hará retroceder ante mis deseos. Mi voluntad es de hierro. El infante don García no sabe ceder jamás! Ismael! Ismael! (*llamando.*)

ESCENA VII.

DON GARCIA, ISMAEL, que sale por la puerta del fondo.

ISM. Qué mandais, señor, á vuestro fiel esclavo.

GAR. Muy presto, Ismael amigo, dejarás tan odioso nombre. El momento de probarme tu fidelidad, y yo á ti mi agradecimiento, está cercano.

ISM. Dispone de mi vida.

GAR. Dime, cómo ha llegado á manos de Aurelio el plan de nuestra conspiracion? Por un momento temblé en su presencia, al pensar que nada ignoraba ya.

ISM. Al depositar ayer los últimos avisos que la reina doña Jimena me entregara para vos en el sitio de costumbre, noté que era observado, y hui rápidamente con los peligrosos pergaminos; mas Aurelio, ese hombre fatal que siempre encuentro á mi lado en los momentos mas criticos de mi vida, me los hubiera arrebatado de las manos, si la punta de mi puñal no los rompiera. Felizmente logré salvar el fragmento que contenia los nombres de los caballeros alistados en vuestra bandera, y en él que figuraba el vuestro el primero.

GAR. No hay tiempo que perder. Aurelio debe desaparecer de entre nuestros enemigos; él es el mas temible, y el que mas aborrezco de todos.

ISM. (*con furor.*) Oh! abandonádmelo! Me pertenece, don García! La sed de venganza me ahoga! El fué el único hombre que logro doblar

CUADRO SEGUNDO.

EL RAPTO.

Interior de una granja ó casa de campo baja, habitación de Ermisenda y Aldonza. Puerta en el fondo, por la que se vé el bosque; otra á la izquierda del actor, y ventana practicable á la derecha. Es de noche. Una lampara de mano alumbra la estancia.

ESCENA PRIMERA.

ERMISENDA y ALDONZA, *ambas sentadas; Ermisenda bordando una banda blanca.*

ALD. No he de saberlo? Por qué llenan las lágrimas tus ojos? Por qué esa tristeza que hace huir las rosas de tus mejillas? Por qué esos suspiros que muestran la agitacion de tu pecho?

ERM. Ay, dueña mia! no me lo preguntes. No me pidas la causa de mis pesares! Son misterios del corazon. Sé como siempre indulgente y buena para con tu Ermisenda querida... No me prives de llorar!

ALD. No desfiendo yo tus lágrimas, sino te exijo confies á mi maternal cariño la causa que las motiva.

ERM. He de obedecerte al fin?

ALD. Si, mi Ermisenda; deposita en el seno de una madre cariñosa los secretos de tu alma.

ERM. Pues lo exiges, una palabra sola bastará para probarte que ya en el mundo no habrá dicha para mi.

ALD. No concibo la razon.

ERM. Crees tú pueda yo esperar que mi Aurelio sea siempre fiel al amor que juró á la huérfana pobre y desvalida?

ALD. Si, tal vez puedo asegurarlo.

ERM. Crees que el noble guerrero, el que mas priva con el rey, el poderoso señor de un castillo y de mil vasallos, consentirá jamás en llamar esposa á la desdichada joven que ignora el nombre de sus padres, á la triste criatura que apenas nacida, hubiera perecido en las garras de las fieras; en los borques donde la encontraste abandonada, si tú, movida de piedad, no la hubieras recogido cariñosa? Qué puedo yo esperar sino una vida de llanto, una vida de tristura?

ALD. No es tan negro el porvenir de mi amada pupila, ni su origen será tal vez tan humilde, que desdeñe ostentar sus colores un noble caballero en el campo de batalla, ó en el salon del festin.

ERM. Por qué esas palabras de esperanza? Por qué apruebas amores que hice mal en escuchar?

ALD. Porque está cercano el dia en que los corone la dicha. Escucha con atencion mis palabras...

ERM. Qué vas á decir? Mas ya preveo tu desig- nio; quieres de lástima engañarme... No, por piedad! no des nueva vida á dulces, pero engañosas ilusiones, que deben morir tan pronto... Abandóname á mi dolor.

ALD. No, mi Ermisenda; ya cuentas diez y siete años, y es llegado el dia en que debo revelar- te una historia, que al mismo tiempo que tu crianza, se confió á mi discrecion.

el fuerte, el invencible brazo de Ismael en el combate, cuando en la célebre jornada de Zamora, mi lanza tocaba ya el corazon de don Alfonso. El, despues de haberme desarmado y humillado, hizome la nueva injuria de perdonarme la vida, por altivez!.. por desprecio! El, en fin, no contento con hacerme descender de la alta cumbre de la grandeza, donde al nacer me colocára el destino como deudo del gran califa de España, reduciéndome á la misera condicion de esclavo, oh baldon! os hizo de mi un presente; cual pudiera del mas vil de los animales. No me lo rebuseis, don Garcia... Es mio!..

GAR. Yo le detesto tambien, mas te lo cedo; tuya es su sangre.

ISM. No la derramaré, ¡oh! seria muy leve, muy fria mi venganza! Quiero doblar su orgullosa cabeza al peso de las cadenas; quiero que arrastre una existencia de desesperacion y de lágrimas... Quiero que me pida por merced la muerte, que yo le negaré, pues he de gozarme en sus padecimientos.

GAR. (*entregándole un pergamino.*) He aqui el salvo-conducto para que tú y los seis cautivos por mi rescatados, que deben seguirte, podais atravesar sin riesgo las tierras del rey de Oviedo, y las de mi pariente y aliado Nuño Fernandez, conde de la tierra de los Castillos. Desde este instante no eres ya siervo; libre estás; tus cadenas por siempre se rompieron; mas aun tu amigo, no ya tu señor, te pide el último servicio; dije mal, una prueba de amistad.

ISM. Mi vida es vuestra, decid.

GAR. Mañana al acabar el dia, que te encuentre yo con tus moros en el bosque de Nembro (11), cerca de la casa de Aldonza.

ISM. No faltaré, gran señor. (*inclinándose.*)

GAR. En tu amistad confio. (*entra en la habitacion del Rey.*)

ESCENA VIII.

ISMAEL, *solo.*

Si, vil traidor! Infame parricida! No lo dudes, yo secundaré tu venganza que es la mia. Despues de arrancar la corona y la vida á don Alfonso, yo te la arrebataré á ti tambien, malvado Nazareno! Si, he jurado esterminar tu infame raza, y lo conseguiré. Mi venganza será horrible, espantosa; ya comienzo á gozar de ella; ya veo al soberbio rey cristiano, á pesar de sus cien victorias, vacilar en su trono que creia tan seguro. Sus hijos van á alzarse contra él, y su esposa, la altiva Jimena, la hija de los reyes francos, no es ya mas que la envilecida meretriz de un miserable esclavo moro... Oh! desventurado padre mio! Tu triunfo será completo! Tu hijo, que siente latir en sus venas la sangre de los Califas, aunque mezclada con la de los bárbaros reyes asturianos, sabrá vengarte; y tu verdugo, Alfonso el Magno, morirá humillado, pobre y oscuro, con el alma llena de desesperacion y de rabia. (*sonriéndose con ironía.*) Ahora vamos á ver á mi coronada amante. (*vase puerta del fondo.*)

ERM. Una historia!

ALD. Que solo interesa á ti.

ERM. Ah! Habla, dime por Dios... (con ansiedad.)

ALD. Catorce años han corrido desde aquel día, para mi tan memorable, que nunca olvidaré.

El rey se alejara de Gauzon, su morada querida, empeñado como de costumbre en la guerra sagrada; nobles y pecheros, próceres y obispos corrieren en pos de la victoriosa bandera de Alfonso el Magno, y estas comarcas quedaran por entonces casi yermas, é indefensas. Solamente las mugeres, los ancianos decrepitos, y los esclavos á quien se encomendara el cultivo de los campos, eran sus habitantes. Un día, día de horror y de espanto, vióse la mar vecina cubierta de naves de estraña forma, y adornadas de banderas nunca vistas en Asturias.

ERM. De navios extranjeros?

ALD. Si, de pais lejano y desconocido, que arrojaron de su seno como un enjambre de hombres de hierro, y de mas duro corazon que la malla que los cubria; luego llegamos á saber que eran piratas normandos.

ERM. Piratas!

ALD. Hombres sin Dios ni ley, que cual desolador torrente, se derramaron por los risueños campos que median desde la fortisima Gégio (12), hasta Gauzon. Nuestros templos santos, nuestras viviendas, los árboles y las mieses, todo fué pasto de la saña de aquellos guerreros bárbaros. Sus huellas eran el fuego, el pillage y la violencia.

ERM. Desdichado pais!

ALD. Algunos hombres, de los pocos que guarnecian el castillo de Gauzon y fortalezas cercanas, intentaron hacer frente y rechazar á los enemigos de la patria, mas fueron casi todos pasados al filo de espada. Cerca de este lugar se alzaba al cielo sus altivas torres el opulento monasterio de Santa Eulalia, fundacion de la reina Nuña y don Ordoño, padres de Alfonso el Magno.

ERM. Aquel cuyas ruinas se alcanzan á ver al estremo del bosque?

ALD. Si, alli solo ceñian el velo de las esposas de Cristo, las hijas de los mas poderosos señores feudales, y alli solian retirarse tambien las viudas y las huérfanas de la nobleza. Las riquezas que encerraba el célebre monasterio, despertaron la rapacidad de los feroces piratas, que saquearon bárbaramente el edificio sagrado, y lo entregaron á las llamas. Las virgenes del Señor fueron muertas unas, y las otras cautivadas.

ERM. Qué horror!

ALD. Retirábanse á sus navios aquellos despidados hombres del norte, embarazados con el fruto de sus rapiñas, entre los que se contaban un gran número de doncellas, que solian retener hasta lograr en cambio un cuantioso rescate, ó para proveer el Harem de los moros opulentos, cuando se vieron de repente acometidos por una pequena tropa. Acaudillábala un tierno doncel de solos trece años, hijo del señor de un vecino castillo, que poco antes perdiera su vida en un reñido combate. El animoso niño, que ya en edad tan temprana daba muestras del esforzado valor que un día de-

biera conquistarle inmensa celebridad, destrozó completamente la hueste de los bandidos, que dispersos y fugitivos lograron á duras penas acogerse á sus navios. Entre las cautivas libertadas, habia una joven madre, moribunda ya, que entre sus desfallecidos brazos estrechaba aun tiernamente una hermosísima niña.

ERM. Una niña!

ALD. De edad como de tres años, y tan bella como los ángeles que rodean en el cielo el alto trono de Dios. La infelice madre exhaló el último suspiro con el último beso que dió á su inocente hija; iba esta á morir tambien, cuando fué acogida por el joven vencedor, que á poco la puso en mis manos rogándome la mirase como si fuera mi hija. Tú dirás, amada Ermisenda, si he cumplido fielmente.

ERM. (abrazándola.) Ah! si, yo siempre encontré en ti una tierna y cariñosa madre; que ocupó dignamente el lugar de aquella que me dió el ser, que yo nunca conocí, y que jamás ya verá... (llorando.) Mas olvidaste en tu relacion lo que mas me importa á mi. El nombre del generoso niño y mi valiente salvador, á quien debo la vida, para grabarle en mi alma á par del de Dios y el de mi amante.

ALD. Qué, no lo adivinas? No te lo dice el amor?

ERM. Aurelio! si, mi Aurelio fué mi libertador y mi segundo padre! Cuál otro pudiera?

ALD. Si, que como tú huérfano, solo en el mundo, me confió á mi, su nodriza, lo que á ti te ocultaba. Que apenas cumplieras diez y siete años, pediria en recompensa de sus hazañas á su tutor el rey, á quien salvó la vida en una reñida batalla, le concediese la mano de la tierna huérfana, que rescatara un día del poder de los normandos.

ERM. Oh Dios mio! Será verdad tanta dicha?

ALD. No lo dudes; Aurelio será tu esposo.

ERM. Mas, ah! Tú no sabes que su vida corre riesgo.

ALD. Será posible?

ERM. Oh! si, por desgracia mia. Con tus palabras olvidara ya lo que pensaba decirte. Un secreto que por no contristarte, hasta ahora te escondiera.

ALD. Tú un secreto!

ERM. Hace algun tiempo, un dia que yo me hallaba sola, pues fueras tú á ver á Rodrigo, que en el castillo de Gauzon acompañaba á Aurelio su señor, resonó en mi oido de repente el terrible bramido de una espantosa tempestad. Las paredes de esta casa temblaban, y la lluvia caia á torrentes. Cobijada en mi manto, dirigia con voz trémula plegarias al cielo, cuando prorumpí en un grito, asombrada de ver á mi lado un hombre desconocido.

ALD. Un hombre aqui!

ERM. Su rico traje de cazador estaba desgarrado y húmedo, y el venablo que su robusta mano empuñaba aun, se veia teñido con la sangre de las fieras. Esforzóse á tranquilizarme..... Dijome que espantado su corcel por la tempestad, habia corrido desbocado por el bosque, donde perdiera de vista sus monteros, y con palabras que revelaban la mas refinada cortesania, pidióme, por pocos instantes no mas, le

diese asilo para guarecerse del furor de los elementos. Sus razones me devolvieron la calma, y ya no desconfiaba de él; ya le miraba tranquila, cuando á poco confesó que me amaba con delirio, que buscaba ansioso ocasion de hablarme á solas, y que mil veces bendecía á la tempestad que le condujera á mis pies.

ALD. Que escucho!

ERM. Yo rechacé desdenosa el amor que me ofrecía, porque aquel hombre en cuyo rostro se miraba la ferocidad pintada, me inspiró un horror secreto; y porque mi corazón y mi alma no eran míos. Mis repulsas le irritaron, y se entregó á la mas viva desesperacion. Marchóse en fin, mas en tus repetidas ausencias á Gauzón, encontró un medio de dirigirme algunas veces sus odiosas protestas de fidelidad y ternura.

ALD. Es posible! Por qué no lo supe antes?

ERM. Y ayer mismo, enfurecido con los repetidos desdenes que su amor recibia de mi, díjome que ya conocía el nombre de su rival preferido, y que la sangre del señor del castillo de San Juan le vengaria de mis rigores. Ah! ya ves, Aldonza, si tengo justas causas para llorar!..

ALD. Hija mia, nada temas, á tu amante le guarda su valor; el de sus fieles vasallos, y el cariño del Rey.

ERM. Quien bien ama siempre teme.

ALD. Yo prevendré á mi Rodrigo de cuanto pasa, para que sin descanso vigile por la seguridad de su querido señor. Nada digas á Aurelio; que ignore siempre que ha habido un hombre que puso los ojos en ti, pues este pensamiento envenenaria su alma.

ERM. (en actitud de escuchar.) Calla! pareceme oír su voz querida. El sin duda va á llegar. Los latidos de mi pecho me lo avisan... Oh, Dios mio! Cuánto voy á ser dichosa!

ESCENA II.

Dichas, AURELIO y RODRIGO, puerta fondo.

AUR. (hablando desde la puerta con una persona que se supone en el bosque.) Guarda, Elipando, nuestros caballos, y tú, mi buen Rodrigo, ven á abrazar á Aldonza, á tu madre querida.

ROD. Ya os sigo, señor. (entran Aurelio y Rodrigo.)

ATR. Ermisenda mia! Guárdete el cielo, Aldonza!

ERM. Aurelio!

ALD. Oh! señor! Oh hijo mio!

ROD. Madre!

ALD. Seais muy bien llegados.

AUR. (á Aldonza.) Gracias.

ALD. Rodrigo, conmigo ven. (Aldonza acerca un taburete á Aurelio que se sienta al lado de Ermisenda y se retira con Rodrigo al interior de la casa.)

ESCENA III.

ERMISENDA, AURELIO.

ERM. Cuánto tardaste, bien mio!

AUR. Amada Ermisenda! Antes volara á tus plantas, si la próxima marcha de la corte, y gravísimos sucesos no me retuvieran al lado del rey mi amo. Un instante pude robar apenas para llegar hasta aquí, á decirte á Dios, y

preguntarte si pensarás siempre en tu fiel Aurelio! Mas por qué tanta emoción? Tus ojos rebosan en lagrimas! Qué causa?... Es mi partida tal vez?

ERM. Oh! no te inquietes.. Son lágrimas de amor, de ternura y de gratitud. Permite que de rodillas hable yo á mi salvador. (se arroja á los pies de Aurelio y este la levanta.)

AUR. Tú á mis pies! (cogiéndola con cariño y volviéndola á sentar.)

ERM. Si; de este modo he de hablar al hombre á quien debo cuanto poseo... La vida y el honor!

AUR. Quién pudo revelarte...

ERM. Nuestra buena Aldonza. Hace pocos instantes me confió lo que sabe de mi triste historia. ¿Lograste conocer ya el nombre de mis padres? Podré abrigar la dulce esperanza de abrazarlos algun dia?

AUR. No, mi bien! No alimentes tal deseo! Cuantas pesquisas he hecho, fueron hasta hoy infructuosas.

ERM. Ay de mi!

AUR. (quitándose del cuello un relicario y dándosele á Ermisenda que lo examina.) Mi única guia era esta joya que colgaba de tu cuello en aquel dia funesto, y que fué sin duda un don de tu desdichada madre.

ERM. Es una águila de dos cabezas coronadas ambas.

AUR. La divisa del imperio. Es una rica presea, pertenencia sin duda de algun señor poderoso. Repara cuanta riqueza que feligrana tan bella, cuantos diamantes rodean el fragmento de la Vera Cruz que el águila guarda en su pecho. Nunca vi tan primoroso trabajo á no ser en la gloriosa Cruz de los Angeles (13), que Alfonso el Casto donó á San Salvador de Oviedo.

ERM. Y qué esplica esta leyenda que al rededor está esculpida?

AUR. «Carlo Magno, emperador, al rey Alfonso II.»

ERM. Es suceso singular!

AUR. Presente fue tal vez del rey Casto á alguno de tus pasados; en tus manos queda, consérvalo siempre como una memoria de tus ignorados padres.

ERM. No, Aurelio; lleva al pecho esa santa reliquia en mi nombre; ella sea tu talisman en las lides, y el recuerdo de mi amor. Volverás pronto? (colgando el relicario á Aurelio que se levanta y se dispone á marchar.)

AUR. Tan luego me sea posible, á conducirte al altar... á santificar nuestro amor en la presencia de Dios... á prometer al cielo ser el uno del otro para siempre.

ERM. También tu esposa te demanda un don, una muestra de tu amor.

AUR. Habla y obedeceré.

ERM. Que guardes tu vida. Es la mia!

AUR. Me amarias cobarde?

ERM. No, mas sé prudente... Dos banderas y diez cautivos cogidos por tu mano en la última batalla! Eso es ya temeridad!

AUR. Cómo lograste saber...?

ERM. Dos bardos aventureros que acertaron á pasar por este bosque, y á quien Aldonza dió la hospitalidad una noche, por medio de una troba que cantaron al compás de sus armonio-

sas harpas, nos hicieron conocer los nombres de los dos paladines que mas se señalaran en la lid despues del rey; mi Aurelio era el primero

AUR. Y el otro?

ERM. Don Garcia.

AUR. El hijo mayor del rey?

ERM. Si.

AUR. Su brazo es en verdad el de un valiente, mas su rostro el de un traidor.

ERM. De un traidor!

AUR. No es digno de ser hijo y heredero del rey magno. La perfidia y el dolo hierven en su negro corazon... Le aborrezco de muerte.

ERM. No hablemos de él. Me amas mucho?

AUR. Tu amor es mi bien; cien vidas que yo tuviera, contento te ofreceria.

ERM. Una prenda deseo lleves de aquella á quien vas á dar tu nombre como le diste tu amor. Esta banda bordada de mi mano, (*poniendosela terciada del hombro derecho al costado izquierdo.*) quiero que cubra tu pecho. Tiene tu nombre y el mio.

AUR. En tanto que yo respire, no se apartará de mi. Ya es bien que parta.

ERM. Me dejas ya?

AUR. Presto tornaré á tu lado.

ESCENA IV.

Dichos, ALDONZA y RODRIGO.

ALD. Tan pronto os vais, señor?

AUR. Si, Aldonza; á Dios quedad. Habla á Ermisenda de su amante; no permitas que las lágrimas marchiten sus bellos ojos; y tú no llores por Rodrigo.

ALD. No he de llorar por dos hijos? Oh, señor, volveréis presto?

AUR. Presto, si. (*á Rodrigo.*) No vengas hoy á Gauzon. Los cortos instantes que aun aqui podemos pasar, conságalos á tu madre tan querida.

ALD. Gracias, señor.

ROD. Al menos he de acompañaros hasta salir del bosque.

AUR. No; basta que Elipando me siga. Ermisenda, adios.

ERM. Adios, Aurelio. (*llorando.*)

ALD. El cielo os dé la ventura que tanto mereceis, y que tanto yo le pido.

AUR. Adios!

ERM. Adios!

(Vase Aurelio, y Rodrigo le sigue hasta el punto donde se supone á Elipando con los caballos, y vuelve á entrar en la casa cerrando la puerta. Ermisenda en tanto, abatida y llorosa; Aldonza la sostiene.)

ALD. Retirémonos, hija querida... No te desconsoles! Vamos.

ERM. Vamos. (*vanse, llevando Rodrigo la lámpara de mano que alumbró la escena. Pausa.*)

ESCENA V.

DON GARCIA é ISMAEL saltan por la ventana, y al mismo tiempo oyese rumor de espadas y voces, entre ellas la de AURELIO.

AUR. Miserables! Infames bandidos! (*dentro.*)

GAR. Este es el momento, entremos.

ISM. Sea!

(Ambos se precipitan en el interior de la casa por la misma puerta que entraron Aldonza y Ermisenda. Don Garcia debe de ir enmascarado.)

ERM. (*dentro*) Ah!

ALD. (*id.*) Socorro! Socorro! Rodrigo, hijo mio!

ESCENA VI.

DON GARCIA, enmascarado, vuelve á a ravesar la escena llevando á ERMISENDA desmayada en sus brazos. ISMAEL le sigue, sujetando á ALDONZA, y abre la puerta del fondo por la que sale aquel. RODRIGO aparece tambien con espada en mano y se dirige á don Garcia; al reparar en él Ismael, deja libre á Aldonza, y con su puñal sigue á Rodrigo.

GAR. Mia es ya!

ALD. Socorro!

ROD. (*dentro.*) Ladrones! Traidores! Teneos, pronto mi espada...

GAR. Ya no la temo.

ROD. Ay de mi!.. Muerto soy! (*id.*)

ALD. Hijo de mis entrañas! (*que ha visto caer á Rodrigo corre á abrazarle; don Garcia é Ismael huyen llevándose á Ermisenda. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

EL CASTILLO DE BOIDES.

Una cámara del castillo de Boides (14), puerta á la derecha del actor, y otra en el fondo; á la izquierda un gran balcon.

ESCENA PRIMERA.

ERMISENDA reclinada en un sillón dando muestras del mayor abatimiento.

Con que es cierto, Dios mio? Estoy por siempre lejos de mi amante y en poder de mi perseguidor! Qué ha sido de mi? (*pausa en actitud de reflexionar.*) Si, yo vi á Aurelio que me hablaba de su amor, con mas ternura que nunca... Dijome por la vez primera que seria yo su esposa... se despidió de mi... dióme el adios postrero... y despues... despues sentí la horrible presion de los nervudos brazos del odiado cazador... Su aliento me beria el rostro... Vi un puñal... vi sangre.. Rodrigo cayó... la sangre era suya, y nada mas vi!.. Oh, Dios mio!... Apíadate de mi! No me abandones á merced de mi enemigo. . En qué lugar me encuentro? Estaré muy lejos de Gauzon? Cuál será el nombre de este espantoso castillo? Qué será de mí Aurelio?.. (*levantándose y mirando con inquietud á la puerta del fondo.*) Mas quién llega? (*dando un grito y cubriendo el rostro con las manos.*) Ah! Es él!.. Es mi odioso robador!..

ESCENA II.

ERMISENDA y DON GARCIA.

GAR. Bella Ermisenda!.. Perla de los bosques, no abrigueis ningun temor. De este castillo sois la única señora; la menor palabra vuestra, el menor deseo será una ley para mi

ERM. Desde cuándo los encadenados cautivos

mandan á sus carceleros? Ah! sois un monstruo! Qué mal puedo yo causaros? Por qué me haceis tan infeliz?

GAR. Yo soy aquí el único cautivo. Sufro por vuestros bellisimos ojos, rica joya de Gauzon. Teneis delante, no un despiadado carcelero, sino un humilde vasallo, que lejos de dictar vuestro destino, espera que vuestros dulces labios decidan del suyo. Ya sabeis con cuanto delirio os amo!

ERM. Qué falsia! Qué pérfidas palabras!

GAR. Oh! Duda del cielo, duda de tu propia existencia, mas no dudes de mi amor. El consume mi alma, él me abrasa!

ERM. Y la prueba de ese amor que tanto blasonais, es arrancarme de los brazos de los que bien me querian, robarme infamemente y derramar á traicion la sangre del leal Rodrigo?

GAR. Si, por ti cometiera yo los mayores crímenes del mundo, porque te amo con furor, porque no puedo vivir sin que tú tambien me ames.

ERM. Desgraciada de mí! Yo os aborrezco, os detesto con todo mi corazon! Mas no, dejadme tornar á la modesta y pacifica morada que protegió mis tiernos años, á los brazos de Aldonza, y os perdonaré; me olvidaré de las lágrimas que me hicisteis derramar.

GAR. No, bella Ermisenda; no en vano estais en mi poder; ya os dige que os amaba con delirio, y el hombre que está en vuestra presencia, jamás ha cejado en sus propósitos, y está avezado á vencer el desden de las hermosas en los salones, así como en el campo de batalla á sus mas feroces enemigos. Soy caballero y señor de los mas poderosos del reino, y nadie ha nacido hasta ahora en Asturias que pueda contrarestar mis designios.

ERM. Ya os lo he dicho, señor, y lo repetiré mil veces; jamás podré amaros; mi corazon y mi fé no son míos, pertenecen á otro hombre.

GAR. Calla, no lo repitas! (con furor.)

ERM. Y es en verdad bien extraño que un hombre que calza espuelas de oro, que ciñe una noble espada, y se dá á si mismo el hermoso dictado de caballero, ostente el valor que debiera mostrar solamente contra esforzados guerreros, con una desvalida doncella. Cuál heraldo proclamará la grande hazaña que habeis llevado á cabo, robando á una huérfana indefensa, y asesinando á un joven tan leal como valiente? Cuál cronista la escribiría? En verdad señor, que mas bien que el nombre de caballero conque vos mismo os designais, mereceis el de bandido, el de robador y asesino.

GAR. Ermisenda, atribuid solamente á vuestros hechizos, las locuras que haya podido cometer un hombre que os adora con la mas ciega idolatría.

ERM. Señor, no encuentro en mi corazon otro sentimiento que un odio inestinguible; sepultad en mi pecho vuestra espada, no la temo, pero me espanta vuestra odiosa ternura.

ISM. (sonriéndose.) Altiva sois... bien!.. así me agradais mas. Vuestras injurias veré en breve trocadas en caricias y ternezas

ERM. Os engañais, nunca os amaré.

GAR. Mia serás.

ERM. Jamás! Aunque mi corazon fuera mio, no os

lo concederia. Horror, aborrecimiento me inspirais tan solo. Escuchad; en vuestro poder estoy; yo soy no mas que una infeliz cautiva, y vos sin duda un poderoso señor rodeado de esclavos y soldados; pues bien, os lo repito, desafió vuestro poder; dadme la muerte si quereis, pero no me atormenteis con vuestro amor.

GAR. Basta ya! Justo es sepas el nombre del amante que has conquistado, y veremos si osas rebazarlo. (con imperio.) Vasalla! dobla humilde la rodilla ante tu señor y rey!

ERM. (con asombro.) Sois vos Alfonso el Magno?

GAR. Soy don Garcia.

ERM. Don Garcia! El infante primogénito!

GAR. No ya el infante, el rey de Oviedo. En este instante mi padre no lleva ya la corona.

ERM. Pues bien, repito al rey ó al infante lo que dije al desconocido cazador. Os aborrezco; con todo vuestro poder no conquistareis mi amor.

GAR. (Abora caerás á mis pies, orgullosa niña.) Bien; me vengaré en mi favorecido rival; Aurelio morirá.

ERM. Nada podeis sobre él; Alfonso el Grande le protege, y será su escudo contra vuestras perfidias.

GAR. El rey! Ya os lo he dicho; á estas horas solo yo reino en Asturias; Aurelio está en mi poder.

ERM. Mentis! Vuestros designios conozco; quereis atemorizarme con falsas noticias.

GAR. Ignorabas que al mismo tiempo que yo te arrebataba entre mis brazos, él tambien era apresado por mis parciales?

ERM. (Será verdad, Dios mio!)

GAR. Ya veis que he tomado bien mis medidas, y que vuestra altiva alma ha de luchar con otra no menos arrogante é imperiosa.

ERM. Será en vano; nada lograreis.

GAR. Os he hablado cual un amante sumiso, mas veo que sois de aquellas hermosas, que han de conquistarse con la fuerza, mas bien que con la cortesia de un caballero. Aurelio, encerrado en una oscura prision, será muerto dentro de tres dias, si no accedeis á mis deseos. Lo ois? Tres dias os concedo para decidir sobre su suerte y la vuestra.

ERM. (llorando y arrodillándose) Mi Aurelio muerto! Ah! piedad!

GAR. (sonriéndose con ironía.) Piedad! No la busqueis en mi pecho. Aurelio muerto, ó ser mia.

ERM. Señor, no le mateis! Tomad mi sangre por la suya!

GAR. Tres dias no mas le restan de vida.

ERM. (se levanta.) Sois un monstruo! No puedo soportar el tormento de vuestra presencia... Dejadme á solas llorar. (vase puerta derecha.)

ESCENA III.

DON GARCIA, despues ISMAEL, por el fondo derecha

GAR. (con sonrisa sarcástica.) Si, fiera Ermisenda; Aurelio morirá porque tú le amas. De grado ó por fuerza me pertenecerás... (óyense pasos en la habitacion contigua) Mas pasos siento! Quién osa acercarse sin mi licencia? (mirando hacia la puerta del fondo) Qué veo! Ismael aquí! Qué imprevista novedad?

ISM. Todo se ha perdido, gran señor.

GAR. Qué quieres decir? Aurelio dónde está?

ISM. Libre se halla ahora en Gauzon.

GAR. Y te atreves á decírmelo, miserable moro!

ISM. Calmaos, y escuchadme.

GAR. Habla sin tardanza.

ISM. Ya recordareis que al entrar nosotros en la casa de Aldonza, un rumor cercano llegó á nuestros oídos.

GAR. Si.

ISM. Y nos hizo suponer estaba ya, en poder de los seis hombres que quedaron apostados en el interior del bosque. Así era en efecto; el orgulloso paladín, aunque intentó una defensa desesperada, fue desarmado, y cargado de cadenas; yo apenas me aparté de vuestro lado, dejándoos en seguridad con la bella cautiva; corrí á ponerme frente de los míos. Ya era yo feliz, ya tenía en mi poder el mas aborrecido y temible de mis enemigos, cuando inopinadamente una veintena de sus vasallos avisados sin duda por el escudero Elipando, que logró huir protegido por la oscuridad, se arrojó impetuosamente sobre nosotros. Mis fieles compañeros patriotas, aunque no prevenidos para tan imprevista acometida, sostuvieron un encarnizado combate, y sellaron con su sangre sus juramentos. No solo logré salvar mi vida por las sombras de la noche, y la velocidad del negro caballo cordobés que me habeis donado.

GAR. Maldición sobre nosotros!

ISM. No os desesperéis, señor.

GAR. Funesto sucesos!

ISM. Un contratiempo no ha de hacernos desmayar; doblemos nuestros esfuerzos.

GAR. Si, bien dices. Nuestra constancia nos dará seguro el triunfo.

ISM. Aurelio ha de morir.

GAR. Reconocióte en el bosque?

ISM. No era posible; la noche le ocultaba mi rostro. El y los suyos nos creen en este momento malconando por los bosques de Nembro ó Cullrocies.

GAR. Pues bien; marcharemos á Gauzon en el instante; pues mi ausencia prolongada pudiera infundir sospechas, y allí con nuestros amigos apresuraremos la realización del gran proyecto.

ESCENA IV.

Dichos y DON ORDOÑO.

ORD. Hermano, varios nobles de los nuestros han llegado ya á Boides; desean hablaros, y presentaros sus firmes homenajes. También algunos ricos pecheros los acompañan.

GAR. Si, Ordoño; les veré aunque por pocos instantes, pues marche luego á Gauzon; mas antes quiero yo hablarte de lo que es mas precioso para mí que la corona de Oviedo.

ORD. Crec adivinar...

GAR. Te confío á mi Ermisenda, á mi joya querida. Nadie ha de verla.

ORD. No temas, don Garcia, por su seguridad. Yo seré su centinela, le lo prometo.

GAR. Gracias, hermano mío; mas aun he hacerte otra súplica.

ORD. Habla, di.

GAR. Tal vez sucumbiré en la peligrosa empresa que vamos á acometer... Tal vez no la veamos... No quiero que nadie en el mundo la

posea... muerto yo, este veneno... (dándole un pomo.)

ORD. Entiendo; te lo juro á fé de infante. (dándole la mano, se llega á la puerta del fondo e indica que entren los conjurados.)

GAR. (No pertenecerá á ningún hombre; no me arredrá ya la muerte.)

ESCENA V.

Dichos, CONJURADOS; todos hacen ademán de saludar respetuosamente á DON GARCIA.

GAR. Salud, mi buenos amigos!

ORD. He aquí á vuestros fieles partidarios, que vienen á ofreceros sus vidas, y sus fuertes espaldas, así como las de sus deudos y vasallos.

CON. 1.º Señor, aquí veis nobles y pecheros que representan al célebre pueblo asturiano, y que confían encontrar en vos el remedio de sus graves males. Nuestro país es desgraciado; si en vos tienen los ojos, y en vos confía aliviaréis su triste suerte.

GAR. Gracias os doy, nobles amigos; por haber recordado mi nombre en tal ocasión, mas son pocas las mis fuerzas para llevar á cabo tan alta empresa. Elejid otro de méritos mayores, y yo obedeceré. (con hipocresia.)

CON. 1.º No, don Garcia; únicamente vos podeis hacerlo. Los males que aquejan á la patria demandan imperiosamente pronto remedio.

GAR. Cierto es.

CON. 2.º Un rey ya de crépito ocupa el trono; su trémula mano causada de empuñar la espada de guerrero, y la pluma de cronista no puede sustentar el pesado cetro del que fue un día el reino de los godos.

CON. 3.º Tributos inmensos agobian al mísero pechero, y le arrancan hasta el último pedazo de pan con que alimenta á sus hijos.

CON. 2.º Cesen ya tantos abusos introducidos por la ambición de los obispos, y la injusticia de un rey, que podemos apellidar tirano; y respiren libremente los oprimidos astures.

CON. 1.º Los nobles, lejos de ver recompensadas sus hazañas con las tierras que sus espadas conquistaron, ven con dolor que van á aumentar los feudos de las opulentas catedrales de Compostela y Oviedo y los monasterios, asilo de ociosos monges.

CON. 2.º No debet ya reinar quien dió muestras de su crueldad en el horrible castigo que dió á sus propios hermanos.

GAR. Si, amigos míos, de hoy mas que veamos distinto modo de gobernar que basta aquí. Recompensas á los nobles, disminución de los insostenibles impuestos que pesan sobre el pueblo, una paz estable y decorosa con el rey de Córdoba, y cuidadosa conservación y justo repartimiento de los países últimamente conquistados.

CON. 1.º No mas guerras; renazca la paz y la ventura entre los cristianos, y vivamos algunos días con tranquilidad y reposo.

CON. 2.º Caiga si es necesario la cabeza del mal rey, y sirva de escarnimiento al que venga en pos de él.

GAR. No, ilustres campeones; aunque descontento de su gobierno, soy al fin hijo suyo. Basta á nuestra venganza que descienda de ese

trono, que no debe ya ocupar, y se retire á acabar sus dias á un monasterio ó á un castillo lejano.

ISM. Si es permitido á un extranjero hablar entre vosotros; á mi, que aunque cautivo y nacido lejos de vuestro suelo, encontré en él tanta amistad y protección, os diré, que cercano deudo del gran Califa de occidente, inclinaré su ánimo real para cimentar una paz perpétua y ventajosa para ambos estados, á pesar de las insensatas repulsas y amenazas que hizo en Gauzon á los embajadores cordobeses el desacordado don Alfonso.

GAR. Si, Ismael, á quien di ya libertad en pago de sus buenos y leales servicios, vá á dirigirse á la corte de Abdalá, y será allí nuestro apoyo; yo lo fio.

CON. 1.º Cuáles fuerzas son las nuestras?

ORD. Además de este castillo de Boides con sus cien hombres de armas, y los cincuenta caballeros y mil peones que ahora se ballan en él, son nuestras las fortalezas de Alba, Cultrocies, Arbolio, Luna, y Gordon con los guerreros que las guarnecen.

CON. 2.º Y en Oviedo, en la ciudad real?

ORD. Allí contamos con gran número de amigos y decididos partidarios, al frente de los que están mis hermanos Fruela, Ramiro y Gonzalo el Arcediano. También en la misma corte de Gauzon y en el rico condado de Galicia, donde he mandado algun tiempo, y conservo gran prestigio, tenemos muchos y poderosos parciales, que apenas demos lá señal, se alzarán á la vez cual un hombre solo, y secundarán animosos nuestros proyectos.

GAR. Olvidabais, hermano, las considerables fuerzas con que podemos contar en la tierra de los castillos, gobernada por el conde Nuño Fernandez, el padre de mi esposa?

CON. 2.º El triunfo es nuestro; á qué aguardamos? Elijamos el caudillo que deba guiarnos al combate.

CON. 2.º Que sea don Garcia nuestro rey. (*rútores de aprobacion.*)

CON. 2.º No mas tardanza, bravos compañeros; derribemos al caduco don Alfonso, y vos empuñad su cetro; á don Garcia; solo vos podeis regir hoy esta desgobernada nacion.

CON. 1.º Sea de don Garcia el trono de Asturias!

CON. 2.º Viva don Garcia I.

Todos: Viva!

GAR. (*con hipocresia.*) No, buscad otro mas digno: el brillo de la corona no deslumbra mis ojos; la ventura de la patria es mi único deseo.

ORD. Hermano, en vano seria resistirse al voto universal Rey sois desde este instante, pues tal es la voluntad de la nobleza y del pueblo, y esta es la suprema ley.

CON. 1.º Si, don Garcia; desde este dia memorable sois el sucesor del valiente don Pelayo, y este titulo glorioso os impone deberes sagrados que cumplir con vuestros nuevos vasallos. Disponed ya de nosotros cual cumpla á vuestra voluntad, mas entre el esplendor del trono, recordad que lo debeis solo á los esfuerzos de vuestros amigos, de vuestros antiguos compañeros. Sea la ley vuestra guia; y no olvidéis jamás que las coronas de los reyes solo brillan en sus cabezas, aunque ungidas con el oleo santo; en tanto los pueblos quieren.

GAR. (Oh! que enfadosas palabras!) Pues todos lo deseais, me llamaré vuestro rey. Hacer la felicidad del pueblo que hoy me confiáis, será mi único anhelo. (Yo abatiré tu orgullo, insolente vasallo.)

ORD. Oidme, rey don Garcia; yo, vuestro hermano, debo ser el primero en confesarme vuestro leal y obediente súbdito, y en prestaros homenaje como tal. Dadme, señor, vuestra mano. (*se arrodilla y besa la mano á don Garcia.*)

GAR. Alzad, conde de Galicia, dispondreis lo necesario para mi solemne proclamacion.

CON. 2.º Señor, no malgastemos instantes preciosos, en ceremonias vanas; mandad y obedeceremos.

GAR. (Yo sabré someteros á mi voluntad.) Pues bien, oid mis órdenes.

CON. 2.º Hablad, señor, sumisos escuchamos.

GAR. Que se enarbole mi bandera en todos los castillos que ya nos pertenecen. Vos, don Ordoño, tomareis el mando de las fuerzas que deban entrar en campaña, hasta que llegue yo, y os fijareis en Boudes, donde recibireis mis posteriores avisos (*al Conjurado primero.*) Vos marchareis á Oviedo; (*á otro Conjurado.*) vos ireis al castillo de Luna, para apoyar desde allí con vuestros numerosos vasallos, el alzamiento que debe comenzar en Leon, y seguir despues á Oviedo. Y en fin, (*al Conjurado segundo.*) vos con cuantos hombres de armas logreis reunir, marchareis contra Gauzon; á donde yo me dirijo con el fiel Ismael, para facilitaros la entrada y obligar al rey que abdique. En tanto doña Jimena, desde el fuerte alcázar de Cultrocies, levantará tambien nuestra enseña, y el castillo de Gauzon se verá por todas partes rodeado de enemigos. La victoria será nuestra á no dudar, y tal vez sin derramar una sola gota de sangre.

CON. 1.º Vuestras palabras, señor, revelan vuestro saber y prudencia sin igual.

CON. 2.º Con tan sabias medidas, es seguro el triunfo.

CON. 1.º Y cuál es, señor, el sitio en que debemos reunirnos todos?

GAR. El castillo de Gauzon.

CUADRO CUARTO.

LA TRAICION.

La misma decoracion del primer cuadro.

ESCENA PRIMERA.

DON OSORIO, ELADIO.

Oso. Os asombra, buen Eladio, la terrible nueva? Os parece mentira?

ELA. Si, en verdad.

Oso. Pues no lo dudeis; nada es mas cierto. El infante don Ordoño, sus hermanos Fruela, Gonzalo y Ramiro, y la liviana reina doña Jimena osaron cometer el mayor de los crímenes... alzaron el estandarte de la rebelion contra su padre y esposo, contra su señor y rey (15).

ELA. Pareciamé imposible.

Oso. Casi todas las mesnadas que marchaban á Oviedo, para formar la hueste que debia combatir á los infieles, se encerraron en los nue-

vos castillos que el rey hiciera edificar para la seguridad de Asturias; Alba, Arbolio, Cultrocies y Boides están en poder de los sediciosos, y cada instante llegan recaderos con avisos de nuevas defecciones de tropas y fortalezas.

ELA. Y qué es de don Garcia, el infante primogénito?

Oso. Muy avanzada la noche entró ayer en este palacio, solamente acompañado de su inseparable esclavo el africano Ismael. Volvian de una de sus continuas cacerías por los bosques cercanos, y ahora reposa tranquilo, sin cuidarse, al parecer, de los que invocan su nombre para perturbar el reino.

ELA. Conque es cierto que ellos le aclaman por rey.

Oso. El deseo de novedades, y la inclinación á las revueltas, arrastra tras su bandera á la juventud siempre inquieta y ansiosa de medrar. Esos mismos que hoy le aclaman, mañana que rey le vieran pedirían nuevo señor.

ELA. Quién creyera que tan fiero golpe estuviese reservado al grande Alfonso en sus últimos años!

Oso. Ningun otro reinado tan glorioso ni tan combatido como el suyo. Sentado apenas en el trono, á la temprana edad de catorce años, fue ya destronado por el turbulento don Fruela, el hijo del rey Bermudo, á la sazón conde de Galicia, y no recobró la corona hasta que aquel tirano fue muerto en su propio palacio por los fieles ovetenses. Despues de avasallar don Alfonso á los revelados alaveses y vizcainos, encerrando en la fortaleza de Oviedo á sus sediciosos condes Eilon y Zenon, vióse obligado de nuevo á castigar rigurosamente á sus mismos hermanos Fruela, Nuño, Bermudo y Odoario, poniéndoles en perpétua prision, y privándoles de la vista.

ELA. Con frecuencia en mi niñez oí á mis padres hablar de esa inicua rebelion, y del castigo terrible que de cerca la siguió; mas ya que la recordais, decidme ahora, buen conde, cuál fué despues la suerte de los ciegos infantes? Pues nada de ellos se habla, y hasta sus nombres parecen borrados del gran libro de la historia.

Oso. Al cabo de algunos años de arrastrar una misera existencia, sucumbieron todos, escepto el feroz Bermudo, que á pesar de su ceguera, logró huir de la prision, apoderarse de Astorga, y apoyado allí por los moros, hacer durante siete años la mas cruda guerra, á las hueses del rey su hermano. Vencido al fin, hubo de huir á Córdoba; donde es fama apostató de la ley de Cristo, abrazando la religion falsa de Mahoma (16).

ELA. Caso estupendo! Crimen atroz!

Oso. Silencio! El rey viene.

ESCENA II.

Dichos, EL REY.

REY. Qué decis, amigos míos? Podriais jamás creerlo? Podriais imaginar que mis hijos, mis propios hijos alzasen contra mi la bandera de la rebelion, y que Jimena, mi esposa desleal, se uniese tambien á mis enemigos?

Oso. En las desgracias, señor, en los momentos

de afliccion, es cuando el serenísimo Rey, el noble Alfonso III ha de mostrar que es tan grande como en el campo de batalla.

REY. Si, don Osorio; avezado estoy ya á la ingratitude y á la rebelion. Vos que fuisteis siempre mi fiel compañero en las glorias y los reveses, que desde mis primeros años jamás os apartasteis de mi, conoceis bien la historia de mi borrascoso reinado. Bien lo sabeis; ni cuando me vi arrojado por un conde ambicioso del trono de mis padres, y obligado á buscar un asilo lejos de mi pais natal; ni cuando hube de mandar cegar á mis traidores hermanos, titubeó un instante mi esfuerzo y mi constancia; mas cuando todos me abandonan, cuando mis súbditos, á cuya felicidad consagré mis dias, capitaneados por mi esposa y por mis hijos, osan hacerme cruda guerra, no debo quitarme una vida envenenada por aquellos que mas debieran respetarla, por aquellos que me deben la suya?

Oso. Aun os restan, señor, vasallos fieles que contentos derramarán por vos toda su sangre.

ELA. Si, gran rey; disponed de nosotros como os plazca; en tanto tengamos vida, no han de faltaros vasallos; en tanto poseamos una almena no han de faltaros estados.

REY. Gracias, mis buenos amigos; gracias os doy con todo mi corazón.

ELA. No es mas que nuestro deber.

Oso. Nuestro acero y existencia son de nuestro amado Rey.

REY. Jamás pudiera olvidar aquellos cumplidos caballeros, aquellos dignos astures, que en momentos aciagos me ofrecieron sus valientes espadas, así en las batallas como en las revueltas intestinas que llenan el cuadro de mi vida de Rey.

ESCENA III.

Dichos, DON GARCIA.

GAR. Acaba, padre y señor, de llegar á mis oídos que algunos nobles turbulentos se arrojaron al horrible crimen de alzarse contra vos, invocando mi nombre que debieran respetar. Yo estoy, señor, inocente; yo siempre, como sabeis, fui para vos, como mi padre y mi rey, un hijo sumiso y un humilde vasallo.

REY. Cuál grato resuena en mi oído el eco de una voz amiga en medio de mi desgracia.

GAR. No dudeis, señor, de mis asertos; ellos son hijos del amor respetuoso que anima mi corazón.

REY. Si, Garcia, creo tus palabras y tus respetuosos sentimientos.

GAR. Podeis sin temor hacerlo.

REY. Tu padre no desconfia de ti.

GAR. Gracias os rindo, señor.

REY. El cielo al fin me consuela, primo Osorio.

Oso. Todo eso mereceis.

ESCENA IV.

Dichos, AURELIO.

AUR. Volved la vista, señor, á la nueva desgracia que nos amenaza.

REY. Cuál es ella, amado Aurelio?

AUR. Los miserables, los pérfidos traidores, no

contentos con levantarse contra su señor y rey, han osado dirigir sus pasos contra su misma morada. Las lanzas se ven brillar, y sus banderas ondean ya cerca de este castillo.

REY. Qué escucho!

AUR. Pocos instantes bastarán á llegar hasta aquí, pues su marcha es muy apresurada, según se alcanza á ver desde las almenas de la atalaya.

REY. Llega á tanto su osadía? Intentarán allanar el palacio de su rey? Vive Dios! (con furor.)

GAR. A míes á quien toca castigarlos; permitid salga á su encuentro al frente de los caballeros y hombres de armas que guardan este castillo. (arrodillándose.) Concededme esta gracia; no me negueis el placer de que mi espada, la espada de vuestro hijo primero, caiga sobre los que se atrevieron á pronunciar su nombre en una sublevación contra vos.

OSO. Dadnos licencia, señor, de acompañar al infante, para que nuestros aceros sean los primeros que se desnuden en defensa de la sagrada persona de vuestra alteza.

AUR. Si, permitid que sigamos al infante y al alferez.

REY. Vé, hija mio; jamás dudé de tu lealtad, también podéis marchar, don Osorio, y vos, Eladio; mas tú, Aurelio; quedarás cerca de mí.

AUR. Qué, señor, me obligareis á permanecer ocioso, en tanto que vuestros buenos servidores corren á defenderos?

REY. Si, necesito á mi lado algun amigo fiel. Te encomiendo la custodia de este alcázar de Gauzon y de mi persona real.

ACR. Os obedezco, aunque con sentimiento profundo.

GAR. Que el cielo os guarde, señor.

REY. Adios, mi digno hijo. Adios, fieles vasallos; é los guie á la victoria.

OSO. No lo dudeis; pronto serán humillados los traidores. (toma el pendon real, é inclinándose respetuosamente, vase con Eladio y don Garcia.)

ESCENA V.

El REY y AURELIO.

REY. Querido Aurelio, pudieras nunca creer lo que están tus ojos viendo? Pudieras jamás pensar que mis hijos y mi esposa licieran contra mi armas..? Mas veo tu rostro demudado; ¿qué grave pesar te aflige?

AUR. Vuestras penas son las mías; mas tambien hay otras que solo tocan á mi, y destrozan mi alma de dolor.

REY. Cuáles son? Quiero saberlas. Confíalas á tu mejor amigo, á tu segundo padre.

AUR. A deciros las venia, cuando fui sorprendido al entrar en este castillo con la funesta nueva que acabo de referiros.

REY. Habla, di; impaciente escucho.

AUR. Compadeceos de mi; tenedme lástima, pues hace pocos instantes he perdido cuanto amaba. (óyense los timbales y clarines que anuncian la marcha de don Garcia.)

REY. Cómo! no comprendo tus palabras.

AUR. Ausente ayer de Gauzon, fui á dar mi despedida á la joven que yo amo, que acompañada de su aya Aldonza, que tambien fuera la mia,

moraba no lejos de este palacio, en el bosque de Nenbro. Tornaba yo siendo ya entrada la noche, cuando fui de improviso acometido por hombres que me aguardaban, y que en su traje conoci ser esclavos moros. Era ya su prisionero, cuando por un acaso feliz, fui libertado por algunos de mis vasallos, que acertaron á pasar por aquel espeso bosque. Olvidara ya este suceso, y aguardaba tranquilo en mi castillo la hora de marchar á Oviedo, cuando mi buena Aldonza, desolada y llorosa, vino á noticiarme que Ermisenda, aquella que yo mas amaba que mi vida y tanto como mi honor...

REY. Qué! Muerta..?

AUR. No, gran rey; me fuera arrebatada por hombres desconocidos. (muy conmovido.)

REY. Es posible!

AUR. Y no es esto solo, señor; pues el hijo de Aldonza, mi escudero, que tan leal como esforzado intentó defenderla, fué muerto traidoramente por los cobardes bandidos.

REY. Por do quiera traiciones y sangre, crímenes y guerras!

AUR. La madre infeliz os ruega la escucheis un instante; no negueis este consuelo á su terrible dolor.

REY. Dila que llegue. (vase Aurelio.)

ESCENA VI.

El REY.

Reconozco, oh cielo! vuestra terrible mano (después de meditar un corto rato.) Mi antiguo delito, que yo creia perdonado, no habeis olvidado aun, y me castigais con vengativa saña. No bastaba toda una vida de penosos triunfos? No bastaba combatir sin cesar á los enemigos de la fé, restaurar las catedrales y monasterios derruidos, y fundar otros nuevos, estendiendo por do quiera el santo nombre de Cristo? No era bastante ver de continuo á mis vasallos alzados contra mí..? Era tambien necesario que mis hermanos, mi esposa, y mis propios hijos fueran tambien rebeldes y desleales..! Oh Leocadia! Si aun vives, regocijate con el castigo de tu triste seductor. Es ya sobrado infeliz.... Bastante desventurado!

ESCENA VII.

El REY, AURELIO, ALDONZA,

AUR. Entrad. Ved al rey don Alfonso.

ALD. (arrodillándose á los pies del Rey llorando.)

Señor, apiadaos de una triste madre; dadme justicia y venganza del asesino de mi hijo, de mi pobre hijo!

REY. Su nombre?

ALD. Lo ignoro.

REY. Pero en fin, le conoceis? Sospechais quien sea?

ESCENA VIII.

Dichos, é ISMAEL que sale puerta izquierda.

ALD. (se levanta.) Hele aqui, señor; su delito le conduce. Este es el infame que ha derramado la sangre de mi inocente hijo; este es el robador de mi Ermisenda.

ISM. (Aldonza aqui! Soy perdido!)

REY. Ismael! El esclavo de Garcia! Miserable!

Yo te arrancaré la vida!

AUR. (*desenvaina la espada y se dirige á Ismael.*)

Eso á mi me toca, señor.

ISM. Las olas me salvarán. (*se precipita por el balcon, y se oye el golpe de su cuerpo al caer en el agua.*)

REY. Temerario!

AUR. (*asomándose al balcon y gritando.*) Ballestos, disparad sobre ese hombre que va huyendo á la justicia del Rey... Ese que se escapa á nado... (*con rabia.*) Oh! el asesino burla con pasmosa destreza las agudas flechas que le dirigen.

REY. Retiraos, Aldonza; confiad en Dios y vuestro Rey; no quedará impune el crimen de ese esclavo vil.

ALD. Plegue al cielo, señor, que así suceda. (*vase foro.*)

ESCENA XI.

EL REY, AURELIO.

REY. Ya lo ves, mi buen Aurelio, el cielo vengador no quiere, ni aun en mis últimos años, permitirme reposar mi fatigada cabeza en el hogar doméstico. El cielo me ha maldecido; mas es justo, y la prueba son las terribles desgracias con que me castiga.

AUR. No comprendo vuestras misteriosas palabras.

REY. Tú no sabes que una voz dentro del pecho clama sin cesar, asesino! seductor! Y que las desventuras que me abrumán no puedo mirarlas si no como efectos de la cólera de un Dios justamente irritado contra mi, por uno solo, pero enorme crimen!

AUR. Qué revelais, señor?

REY. Un secreto horrible, oculto en mi alma desde largos años, que por vez primera va á escaparse de mis labios.

AUR. Seré yo merecedor...

REY. Si, aquel á quien soy deudor de la vida; aquel á quien amo como á hijo, es el único que puede ser depositario de tan grande confianza.

AUR. Tanta bondad!

REY. Escucha pues. Hubo un dia en que mi ejército, siempre vencedor, estuvo á pique de ser vencido. Las haces titubeaban, algunos peones ya huían, y hasta en los escuadrones de los caballeros penetrará el terror y el desaliento; en aquel instante terrible volvi los ojos al cielo... hice un voto.

AUR. Un voto!

REY. Invoqué á la gloriosa Virgen de Covadonga (17), la protectora del santo rey don Pelayo, y le ofreci visitar su devoto santuario. Mi plegaria fué escuchada, y la victoria fué tambien aquella vez concedida á mis banderas. Volvia yo solo de cumplir mi promesa, vestido con la burda túnica de los romeros, desnudos los pies y apoyado en un tosco bordon. La fatiga me aquejaba; sobrevinome la noche en un dilatado bosque, para mi desconocido, y una tormenta furioso estalló sobre mi cabeza. El estampido del trueno hacia retemblar la tierra que yo pisaba; y el rayo hirió un robusto ciprés que en su caída magulló mi cuerpo lastimosamente.

Y Agoviado de horribles dolores, creí morir allí ignorado, sin gloria, cuando en medio de las negras tinieblas que me rodeaban, una luz lejana, que cual una estrella de salvacion apareció, vino á herir mis moribundos ojos. Arrastréme trabajosamente hácia aquel parage, y me encontré en un antiguo castillo perteneciente á uno de mis mas leales servidores; mas los paños negros que entapizaban sus paredes, las lágrimas que corrian por los rostros de los domésticos y vasallos, y los ahogados gemidos que por do quiera se escuchaban, me hicieron conocer que aquel alcázar era teatro de algun infausto suceso. En efecto, el noble castellano acababa de morir; y su cadáver, vestido con el arnés de los guerreros, y cual si fuese á entrar en batalla, estaba espuesto en el gran salon feudal. Allí lloraba desolada una tierna huérfana.

AUR. Una huérfana!

REY. Un angel de belleza y de inocencia! Yo no me diera á conocer sino como un pobre peregrino, y recibí la mas graciosa hospitalidad. Mis heridas fueron cariñosamente curadas, mas los bellos ojos de la sin par Leocadia, causaron otra mas profunda en mi corazón. Aumentéme en fin, y sin ostentar sobre mi cabeza la corona de Rey, y si solamente el yelmo de caballero, volvi mil y mil veces á visitar aquel para mi encantado castillo. Leocadia, engañada por falsas promesas que yo no podia cumplir... ignorando mi condicion y mi nombre que yo cuidadosamente escondia; me amó con delirio, me amó como se ama por la vez primera... y no pudo resistir á los albagos de su seductor.

AUR. Permitidme, señor, una pregunta: ¿Por qué la bella Leocadia, no fué la reina de Asturias?

REY. Jimena era ya mi esposa; mas este enlace, fundado en la razon de estado, no podia labrar mi felicidad ni la suya. Me ocupaba en buscar los medios de verificar mi divorcio, para ofrecer mi mano y mi nombre, mi corona y mi gloria á la elegida de mi corazón, cuando la guerra me apartó de ella para siempre. Leocadia...

ESCENA X.

Dichos, DON OSORIO y ELADIO que entran apresuradamente; el primero trae el pendon real.

Oso. Preparaos, señor, á recibir el mas crudo golpe.

REY. Qué quereis anunciarme?

Oso. Un acontecimiento funesto. Don Garcia es un traidor.

REY. Conde!

AUR. No me sorprende lo que ahora decis. Yo ya lo sabia.

REY. Decidme, primo mio, ¿por qué volveis solo? Por qué mi pendon no flota entre mis fieles guerreros?

Oso. Porque ya no los teneis.

REY. ¿Cómo! Han muerto...? Fueron vencidos...?

Oso. Mejor fuera! Apenas salimos de los terminos de Gauzon; cuando vuestro hijo, vuestro indigno heredero, dirigió sus palabras á los soldados ya seducidos, y en vez de obedecer á la voz de su deber que les llamaba á acometer

á los rebeldes, corrieron á engrosar sus filas, y desnudando su acero el desleal infante, se puso al frente de aquella multitud de vasallos sediciosos.

AUR. Señor, á este infortunio inesperado oponed vuestro heroico valor. Aun quedan á vuestro lado súbditos fieles.

OSO. Disponed de nuestras vidas.

REY. No, yo solo he de presentarme al frente de mis implacables enemigos. Les ofreceré mi pecho que tantas veces respetaron los alfanges sarracenos, para que sus aceros me liberten de una vida que detesto, y que ellos envenenaron. Os prombo me sigais... (arroja su espada al suelo.) No solo y de este modo, voy á salir á su encuentro. (vase precipitadamente.)

OSO. (desenvaina la espada y lo mismo hacen Aurelio y Eladio.) Sigámosle, nobles amigos; y si no podemos salvar á nuestro Rey, moriremos á su lado como buenos. (vanse y cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

CUADRO QUINTO.

ISMAEL.

La decoracion del cuadro tercero. Es de noche. El pendon real colocado á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

ERMISENDA, AURELIO.

ERM. Es cierto, Aurelio mio? No es esto un sueño? Estamos ya reunidos para no apartarnos más?

AUR. Si, mi bien.

ERM. Seremos siempre dichosos? No seré ya perseguida por el odiado don Garcia?

AUR. Nada temas ya. Nuestra suerte, nuestra ventura se ha fijado para siempre, y el mismo Alfonso el magno nos conducirá por su mano al altar.

ERM. Explicame cómo se ha verificado tan dichoso cambio, cómo lograste llegar hasta mí y quebrar los hierros de mi prision.

AUR. Viéndose don Alfonso abandonado de todos los suyos y cercado ya por los sediciosos parciales del infante don Garcia, tomó una resolución desesperada, y fué la que salvó su vida y su corona. Presentóse solo y desarmado á los malcontentos, que no pudiendo resistir la airada vista de un anciano agoviado con el peso de sus laureles; ni la noble dignidad pintada en su rostro, depusieron las armas á sus pies, que empuñaran en su contra, y doblaron la rodilla demandando humildes el perdón que les fué generosamente concedido.

ERM. Suceso extraño! Y cuál fué la suerte del turbulento infante?

AUR. Entregado por sus mismos partidarios; fué de orden del rey su padre encerrado en el castillo de Gauzon (18). Allí bajo la custodia del conde don Osorio, llora con tardias lágrimas su gravísimo delito, y aguarda desesperado el justo castigo de que se ha hecho tan digno. De Gauzon será conducido á este palacio

de Boides, de que ayer nos apoderamos después de un reñido combate con los rebeldes que lo guarnecian.

ERM. Durante ese combate fué cuando el fiero Ordoño se llegó hasta mí, presentándome una copa y un puñal, y cuando tú llegaste para salvar por segunda vez la vida de tu esposa. Mas, dime, y Ordoño? Le diste muerte quizás?

AUR. No; prisionero en una oscura mazmorra espera la llegada de su hermano, para ser ambos presentados al Rey, según este lo ha ordenado.

ESCENA II.

Dichos, ALDONZA.

ALD. Encuentro por fin á mis dos hijos amados (abrazando á Ermisenda y despues á Aurelio.)

Gracias al cielo vuelvo á verte, á estrecharte entre mis brazos. Perdido para siempre mi hijo que tanto amaba, el único placer que mi alma puede sentir, es el de veros felices. (lleva el lienzo á sus ojos.)

AUR. Enjugad ya vuestro llanto.

ALD. Jamás me consolare. Mas, decidme, ¿dónde está nuestro buen Rey? Quiero besar de nuevo sus pies y pedirle la cabeza del matador de mi Rodrigo.

AUR. su alteza descansa en este momento en cámara retirada. Muy pronto podreis hablarle, y en tanto os ruego que con Ermisenda procuréis reposar en esta estancia. (señala á la puerta derecha.) De aquí pocos instantes iré á encontraros.

ERM. Que no tardes, Aurelio mio!

AUR. Molaré al punto á tu lado. (vanse Ermisenda y Aldonza por la puerta derecha.)

ESCENA III.

AURELIO; empieza á amanecer.

Cuántos desastres, cuántas desventuras, ¡oh noble Alfonso! El cielo te guardaba! Qué importa que tu gran nombre llene el mundo con su gloria, y que sea respetado por do quiera, si tus hijos le escarnecen y tu esposa le deshonra? Mas él viene.

ESCENA IV.

Dicho, el REY.

AUR. Cómo tan presto, señor, os arrancais al reposo de que tanto necesita vuestra contristada alma?

REY. Mal se puede descansar, querido Aurelio cuando los pesares mas negros destrozan el corazón. Tú tambien velaste?

AUR. Cómo pudiera entregarme al sueño, cuando os veo oprimido de dolor por los recientes sucesos?

REY. Tú fuiste siempre leal... ¿por qué no naciste en mi palacio? Porque tu no eres mi hijo, en vez de los perdidos ingratos que el cielo airado me dió? Cuánto soy desventurado!

AUR. Abandonad, señor, tan tristes pensamientos. Tranquilizaos. Recordad vuestros esclarecidos triunfos y continuadas glorias.

REY. Pasaron ya para siempre! Mas aun no he preguntado. Vinieron nuevos avisos?

AUR. Eladio ha poco que ha llegado de Gauzon,

y solamente anunció la llegada del conde don Osorio con el infante cautivo, y la huida de la reina de su palacio de Cultrocies al monasterio de San Juan de las Dueñas (19), donde piensa acabar sus días, llorando sus enormes pecados, é implorando el perdón de su ofendido esposo.

ESCENA V.

Dichos, ALDONZA, ERMISENDA.

ALD. Permitid, señor, llegue á vuestros pies de nuevo. Me prometisteis castigar con rigor al matador de mi hijo. Vuestra palabra es sagrada, pues es palabra de Rey.

REY. Si, no lo dudes; y esta joven que os acompaña, es vuestra hija tal vez?

AUR. Es mi adorada Ermisenda, la que me fuera robada y encontré en este castillo; la misma de quien hablé tantas veces á su alteza.

REY. Llega hasta mi sin temor; la muger que mereció ser la elegida de mi fiel Aurelio, siempre encontrará en mi un padre.

ERM. Oh! gran Rey! Tanta bondad...

REY. Bella es tu prometida... Recibe mi sincero parabien.

ERM. Señor, honrais en demasia á vuestra humilde vasalla.

REY. El cielo os dé, hijos míos, la ventura que yo os deseo, y que tanto mereceis.

ALD. No olvidéis, don Alfonso, mi demanda.

REY. (á Aurelio.) Qué fué de Ismael? Sabes si está entre los cautivos??

AUR. Se hallaba en este castillo cuando nuestra entrada en él, y con los demás hombres de armas que lo guarnecian está ahora en la prisión.

ALD. En vuestro poder está el traidor... en este mismo palacio.

REY. Dispon, Aurelio, que al punto comparezca á mi presencia.

ESCENA VI.

ALDONZA, el REY, ERMISENDA.

REY. (con energia) Justicia te prometí, y justicia te dará tu rey. De hoy mas no habrá lugar en mi corazon á la clemencia. La ley severa caerá sobre los culpados, cualesquiera que ellos sean. Tú quedarás satisfecha. Yo lo juro por mi corona de rey, y por mi espada de caballero.

ALD. Gracias os doy, Magno Alfonso.

ESCENA VII.

Dichos, AURELIO, ISMAEL, entre guardias que quedan á la puerta del fondo.

ALD. Aquí llega. Este es, señor, este el alevoso asesino del único apoyo en mi triste viudez.

REY. Aldonza, tú quedarás vengada. Alejaos. (á las dos con dulzura. Vanse Aldonza y Ermisenda por la puerta derecha; á Ismael.) Qué respondes á la acusacion de esta muger?

ISM. Nada.

REY. Con qué es cierto que tú mataste traidoramente á su hijo? No encuentras palabras? No osas hablar?

ISM. Si ya lo sabes, á qué preguntarlo.

REY. Y sabes tú que por este crimen, y el de al-

la traicion que cometiste, tu cabeza orgullosa pertenece al sayon?

ISM. Y pudiste pensar, soberbio Rey, qué el bacha de tus verdugos haria pestañear á Ismael el valiente; á aquel que fué un día el terror de tus bárbaros soldados? Desprecio á ti, y á los tuyos... Con todo tu poder no me verás temblar delante de ti.

AUR. Insensato! Desafias la cólera del leon justamente irritado? Ignoras que solo su piedad pudiera ya salvarte de la terrible muerte que te espera?

ISM. Yo no la busco. Piedad Alfonso III! Seria la vez primera que la ostentase. Piedad aquel que ni aun la usó con sus cuatro hermanos, á quien tuvo la barbarie de hacer arrancar los ojos porque intentaron resistir á su cruel despotismo.

AUR. Porque cual tú, fueron alevosos y traidores

ISM. (al Rey.) Tú no eres sino un bárbaro tirano.

REY. Miserable!

ISM. Yo, aunque rodeado de tus verdugos, aunque moribundo ya, me burlo de tu poder, lo desafío... inventa tormentos nuevos... Yo voy á verte temblar.

REY. Infeliz!

ISM. Dime, Alfonso, ¿dónde don Bermudo está? No lo sabes? No recuerdas que aunque ciego, buyó de la horrible mazmorra en que por siempre lo encerraras, y despues de hacerte cruda guerra encontró un asilo seguro en la corte del Califa...? Pues bien, yo soy su hijo.

AUR. (Su hijo!)

REY. Mientes, sarraceno.

ISM. No, Rey cruel! no lo dudes; por mis venas corre tambien tu negra sangre; mas desde que nací, desde que comencé á hablar, aprendí á maldecir tu infame nombre, y juré por la sagrada piedra de la Caaba, vengar á mi desdichado padre. Si; cuando yo era niño, que me estrechaba entre sus brazos paternales, aunque no podia mirarme, «tú serás hombre, me decia, y á vengar mi desgracia irás á Oviedo.» Y lo cumplí!

REY. Infame!

ISM. Recuerdas que en la batalla de Zamora estabas ya desarmado, que una lanza iba ya á atravesar tu pecho, y que á pesar de tu decantado valor, palidiciste por creer era llegado tu postrer instante...? Pues bien, aquella lanza era la mia. Si, Alfonso; entonces hubieras muerto, si ese aborrecido Aurelio no te hubiese arrancado de mis manos.

REY. Vil moro! Toda tu sangre derramada no basta á lavar tus crímenes.

ISM. Aun tienes mas que escuchar. Olvidaste que en Carrion hubo un esclavo sarraceno que intentó asesinarte (20), y que la seda de tu manto fué rota por la punta de su puñal...? Aquel esclavo era yo... aquel puñal era el mio! Cuando yo era libre y poderoso quise como valiente arrancarte la vida; despues que no fui sino un esclavo, lo intenté como traidor.

REY. (con furor.) Basta!

ISM. Sabes quién armó contra ti á tus propios hijos... quién albagó su ambicion... engañó su inesperta juventud, y allanó todos los obstáculos para arrojarte del trono? Yo fui yo solo!

REY. Miserable asesino! Traidor aleve! Te atreves á repetirmelo?

ISM. Aun no es todo. (con sonrisa sarcástica.) No sabes que tu esposa, la bella Jimena, la orgullosa hija de los reyes de Alfranc... (21)

AUR. (Qué va á decir?)

ISM. No sabes que me amó?

REY. Condenacion!

ISM. No sabes que la noble reina de las Asturias, la esposa de Alfonso el magno, fué la humilde, la despreciada manceba de un esclavo sarraceno, de un enemigo de su Dios y de su ley?

REY. Mientes, vil impostor! (á los soldados.) Llevadle; que en el momento caiga su maldita cabeza.. Pronto.. Sin piedad! (á los soldados que hacen un movimiento para acercarse á Ismael, y que se contienen á un imperioso ademan que este les hace)

ISM. Aguardad un instante no mas. (al Rey con desden y arrojando al suelo unos pergaminos arrollados) Lo dudas? Rehusas creer la afrentosa verdad? He ahí sus cartas, sus juramentos de amor... (quitándose del dedo una sortija y arrojándola tambien.) He ahí el anillo nupcial que tú la diste en el altar, y que ella misma puso en mi dedo.

REY. Cielo cruel! (queda abatido.)

ISM. Mas aun no es completa mi venganza... me falta tu sangre y voy á verterla ahora.

(Ismael, por un movimiento repentino, se arroja al Rey con el puñal levantado que hasta entonces tuviera oculto bajo la túnica; Aurelio, que repara su ademan, se interpone entre el Rey é Ismael, con espada en mano, y recibe en el pecho el golpe que no le hiere, pero le rompe el gaban y queda al descubierto el relicario que enseñó á Ermisenda en el segundo cuadro, y que llevaba al cuello; tira una estocada á Ismael, que cae mortalmente herido en brazos de los soldados, que se acercarán al ver su accion. El Rey al reparar en el relicario, lo coje con estrema comocion, y dando un grito se arroja en brazos de Aurelio. Todo instantáneo y como indica el diálogo.)

AUR. Tente, aleve! Primero la tuya.

REY. Cielos! qué veo!

ISM. Maldicion! Siempre Aurelio! (espira.)

CUADRO SESTO.

UN PADRE.

La misma decoracion del cuadro anterior.

ESCENA PRIMERA.

ELADIO aparece y DON OSORIO sale puerta fondo.

EIA. Bien venido, don Osorio.

Oso. Creí encontrar á su alteza en esta estancia.

EIA. Muy pronto volverá aqui.

Oso. El cautivo infante don Garcia acaba de ser por mi conducido á este palacio, y espera en el vecino aposento la resolucion, terrible sin duda, de su irritado padre.

ESCENA II.

Dichos, AURELIO, por la puerta derecha.

AUR. El Rey me encarga, señores, que en el instante dispongais lleguen aqui á su presencia los dos infantes don Garcia y don Ordoño.

Tambien es su voluntad se reunan al propio tiempo, en este mismo aposento, todos los próceres y caballeros que se encuentren en Boides, pues quiere que todos sean testigos de la resolucion que va á tomar contra sus desleales hijos.

Oso. Tan implacable está el Rey?

AUR. No tal; jamás le vi tan tranquilo, tan resignado, y gozoso, como en este momento solemne.

Oso. Sus deseos serán cumplidos. Eladio, vamos. (vanse los dos por el fondo.)

ESCENA III.

AURELIO.

Aun no vuelvo de mi asombro... Será verdad? Ermisenda es la hija de Leocadia y de mi bienhechor el Rey! Y á qué debo revelacion tan estraña? A este santo relicario que el puñal de Ismael dejó descubierto... Será este suceso un obstáculo para mi dicha? Rehusará don Alfonso concederme la mano de Ermisenda? No, él me ama cual si fuera yo su hijo... me debe la vida, y no es posible quiera arrebatarme la mia que es el amor de Ermisenda. Si, ahora que es ya feliz, no causará mi desgracia.

ESCENA IV.

Dicho, el REY, conduciendo de la mano á ERMISENDA, ALBONZA.

REY. Ven, hija mia; ya no te apartarás de mi lado. Aurelio, con qué podré yo pagarte..? A ti soy deudor de la felicidad que ahora gozo.

AUR. Señor..!

REY. Ermisenda me lo ha referido todo.

AUR. Si, noble Rey; á él le debeis vuestro hija. No retardeis su enlace tan deseado.

REY. Aun no acierto á comprender por qué medio....

REY. Recuerdas una historia que en Gauzon empezaba á referirte, y que fué interrumpida...? Pues bien, aquella Leocadia iba á ser madre; jamás se borraré de mi mente el recuerdo de aquel instante en que hube de alejarme de ella, cuando me conjuraba por la prenda de nuestro amor, que aun llevaba en su seno, á que nunca la olvidase...

AUR. Mas esta riquísima joya...

REY. Yo la heredé de mis augustos pasados, y la colgué al cuello de la noble huérfana, jurándole por el *lignum crucis* que encierra, no amar nunca otra muger.

AUR. Y no la visteis mas?

REY. Nunca tuve otra noticia, sino la que recibí de un mensajero desconocido que puso en mis manos una pequeña vitela que me apresuré á leer. Eran letras de Leocadia.. Ah! Aurelio! Ellas me esplicaban que mi victima conocia ya mi nombre y mis pérfidos engaños, y que con el triste fruto de nuestros amores, corria á ocultar su dolor y su vergüenza en un asilo escondido, lejos... muy lejos de su engañador... Todas mis pesquisas fueron inútiles para descubrir á mi inocente hija, hasta que el cielo, apiadado de mis penas, (con entusiasmo.) la devuelve hoy á mis paternales brazos.

ERM. Oh padre mio! (arrojándose en brazos del rey.)

REY. Qué rumor?.. (se oye rumor dentro.)

AUR. Son, señor, los infantes y los próceres.

ESCENA V.

Dichos, DON GARCIA, DON ORDOÑO, que se quedan un poco apartados entre los guardias; el conde DON OSORIO, ELADIO, cortesanos y guardias.

GAR. (Ermisenda aquí!)

REY. Señores, ved la hija de vuestro Rey. (señalando á Ermisenda; movimiento de sorpresa entre los cortesanos.)

GAR. (con rabia.) (Su hija!)

REY. Si, mi hija querida, que lloré perdida muchos años, y que Dios me restituye hoy para consolar mi vejez.

Oso. Con toda la efusion que cabe en un corazón honrado, os felicito por tan fausto acontecimiento.

ORD. (Su hija! Qué misterio!)

ELA. Recibid, señor, mi parabien.

REY. Os agradezco el interés que manifestais en mi dicha... (con severidad.) Y vos, don Garcia, y don Ordoño, acercaos.

ORD. (Llegó el instante terrible.)

GAR. (y don Ordoño se arrodillan á los pies de su padre.) Nada nos digais, señor. Henos aquí á vuestros pies... Descargad ya el golpe... prontas están las victimas... Imponednos la pena que gustéis, y que tanto merecemos... A ella nos sometemos resignados, sin murmurar. Es muy grande nuestro crimen para merecer perdón.

REY. No, don Garcia y don Ordoño; antes de recibir sobre vuestras culpables cabezas el castigo á que tan acreedores os hicisteis, habeis de escuchar mi voz; la voz indignada de un padre y de un Rey tan justamente irritado.

GAR. Señor, dadnos la muerte, mas no nos obligéis á escuchar vuestras palabras; que tan justas reconvenciones no resuenen en nuestro oido! Ellas destrozan mas á nuestras almas, que podrá á los cuerpos la cuchilla del verdugo.

Oso. La edad que atravesamos de inesperienza, las pérdidas sugestiones de Ismael y de una madre ambiciosa, nos arrojaron al crimen.

GAR. Moriremos gustosos por satisfacer vuestra justicia, pero antes de morir perdonadnos... que vuestra maldicion terrible no nos siga hasta la tumba.

REY. Basta... Os perdono... pero exijo una condicion: Haced felices á los que fueron mis vasallos; que de hoy mas lo serán vuestros. (quitándose la corona y colocándola en la cabeza de don Garcia.) Don Garcia, os cedo de buen grado la diadema que ciñó el inmortal Pelayo, Alfonso el Católico y el animoso Alfonso el Casto, y que al morir me legó mi buen padre. (á los circunstantes.) Señores, he aquí el Rey de Oviedo... y el conde de Galicia. (señala á Ordoño.)

ORD. Señor, qué decis?

GAR. Tanta grandeza nos mata!

Oso. Magnanimidad sin ejemplo!

REY. Alzaos, don Garcia primero! El rey de Asturias no dobla la rodilla sino á Dios.

GAR. (siempre arrodillado y devolviendo respetuosamente la corona al Rey.) Conservad, gran Rey, esa corona que tanto brilla en vuestra augusta frente, y que con tanta gloria habeis llevado. En la mia se empañara su refulgente esplendor.

REY. Mi resolucion es inmutable.

GAR. Ya que usais la sublime generosidad de perdonar nuestro inmenso crimen, permitid que para borrarlo, para hacernos dignos del nombre de hijos vuestros, marchemos contra el infiel, confundidos con los últimos soldados, con vuestros mas humildes vasallos.

REY. (alzando á don Garcia y volviendo á colocar la corona en su cabeza; don Ordoño se levanta tambien.) No, Rey de Oviedo. Mi alma necesita ya reposo despues de tan fatigoso reinado. Me reservo de todos mis dominios á mi querida ciudad de Zamora, que yo alcé de entre sus ruinas, y alli pasará el resto de mis dias con mi hija, con mi amada Ermisenda que con Aurelio su esposo, me seguirá á mi agradable retiro. No es cierto, hijos míos, que acompañareis á vuestro padre?

AUR. Podriais dudarlo?

REY. Sin embargo, no ya como monarca sino como caballero, pagaré al soberbio Abdalá una deuda de honor. Sus mensajeros alzaron mi guante en Gauzon, y antes de bajar al sepulcro, he de hacer con él mi postrera batalla.

GAR. Pero, esplicadme, padre mio, ¿cómo Ermisenda es vuestra hija...?

REY. Es un misterio de mi vida, que nunca revelaré. Basta que sepas que es mi hija, que es tu hermana.

GAR. (bajo á Ermisenda.) Perdóname, hermana mia; olvida cuanto te hice sufrir.

ERM. Nada hay que perdonar, Rey; sé feliz en el trono, don Garcia, así como nosotros lo seremos en Zamora. ¿No es cierto, Aurelio mio?..

AUR. Si, mi bien; tu amor y la compañía de nuestro padre, es la dicha á que yo aspiro.

REY. Conde don Osorio, alférez mayor, aclamad al nuevo rey.

Oso. (coge el pendon real y lo tremola al balcón en actitud de mostrarlo al pueblo.) Asturias por don Garcia!

Todos. Viva!

GAR. Viva Alfonso el Magno!

Todos. Viva!

FIN DEL DRAMA.

NOTAS.

(1) El castillo de Gauzon. Alfonso III el Magno, con objeto de defender las costas de Asturias de las continuas correrías de los piratas Normandos, edificó muchas fortalezas, de las que era la mas notable el castillo de Gauzon. Servia al mismo tiempo de palacio de recreo, donde Alfonso solia descansar de sus gloriosas expediciones guerreras, y estaba situado sobre elevadas peñas á la orilla del mar, entre Gijon y Avilés, en aquella comarca que aun conserva el nombre de Concejo de Go-

zon. La capilla del castillo, dedicada al Salvador, fue consagrada por tres Obispos: *Sisenando* de Iria Flavia, *Nausto* de Coimbra, y *Recaredo* de Lugo. Repetidas son las memorias que encontramos en nuestras antiguas crónicas del célebre castillo de Gauzon; del que en el día han desaparecido todos los vestigios; creyéndose con bastante fundamento, fueron inundados por el mar. En 905 don Alfonso hizo donacion del castillo y sus pertenencias á la Catedral de Oviedo, en cuyo archivo se conserva la escritura original de la donacion. En 908. fué preso en Gauzon el rebelde Infante don Garcia (Garseano), segun las crónicas, estragado tal vez del romano *Graciano* de orden del Rey su padre. De este suceso se hace mención en el presente Drama.—*Sampiro*—*Monje de Albelda*.—*Lucas de Tuy*.—*Mariana*.—*Risco*.—*Carballo*.—*Trelles*.—y otros.

(2) *El pendon real, que será azul con la cruz de la Victoria bordada de oro.* Queriendo Alfonso III ofrecer una rica presea á la Catedral de Oviedo, y consagrar un recuerdo al ilustre don Pelayo, el restaurador de la monarquia y de la independencia española, hizo cubrir de oro y piedras preciosas, despojos de la toma de Coimbra y de otros pueblos de Lusitania, la tosca cruz de madera de roble que servia á aquel de enseña en las batallas. Esta operacion se hizo en el castillo de Gauzon en el año de 878, segun consta de la inscripcion que se lee en la referida cruz, que se conserva hoy en la Catedral de Oviedo. La traduccion de aquella, segun *Morales* y *Mariana*, es la siguiente: «Recebido sea este don con agrado en honra de Dios, que hicieron el Principe Alfonso siervo de Cristo y su mujer Jimena. Cualquiera que presumiere quitar estos nuestros dones, perezca con el rayo de Dios. Con esta señal es defendido el piadoso, con esta señal se vence el enemigo. Esta obra se acabó y entregó á san Salvador de la Catedral de Oviedo. Hizose en el castillo de Gauzon, el año de nuestro Reino diez y siete, corriendo la era de nuevecientos diez y seis.» Desde aquella época tomó Alfonso por divisa de guerra la referida cruz, denominada de la victoria, pintándola con el *Alfa* y *Omega*, símbolo de Dios, en campo azul en sus banderas. Hoy se conserva esta su reliquia en el escudo de armas del principado de Asturias, y en el del concejo de Gozon. En todos los edificios construidos en tiempo de Alfonso el Magno, se vé aun esculpida la cruz de la Victoria, como en la fortaleza de Oviedo.—*Argote de Molina*.—*Carballo*.—*Risco*.—*Trelles*, etc.

(3) *Por segunda vez la gloriosa enseña de la cruz de la Victoria en las orgullosas cumbres de Sierra-Morena.* En 881 tomó Alfonso á *Nepza*, atravesó el Guadiana y se adelantó hasta el monte *Oxífero*, un entroque de Sierra-Morena; donde encontró al enemigo y le mató 15,000 hombres, llegando donde hasta entonces ningun cristiano.—*Crónica de Albelda*.

(4) *La Virgen de las Batallas.* Pequeña y devota imagen que Alfonso II el Casto llevaba en sus campañas, y que despues colocó en la capilla que edificó para enterramiento ó panteon real, contigua á la Catedral de Oviedo. La citada efígie se conserva con mucha veneracion, y es conocida con el nombre de Virgen del Rey Casto ó de *Recastó*.—*Mcdrano*.—*Memorias de la Virgen del Rey Casto*.—*Carballo*.—*Trelles* y otros.

(5) *Ilustre primo.* El Conde don Osorio, como le nombran varios privilegios y crónicas de aquel tiempo, y segun otros don *Froila Gutierrez Osorio*, Conde, era hijo del Conde don *Gutierrez Osorio*, apellidado el santo, y primo de los hijos de Alfonso el magno, como consta de una donacion hecha por el Rey don *Ordoño II* al monasterio de *Lorenzana*, en Galicia, el año 928. Tenia así como sus abuelos el cargo de alferes mayor del Rey, que hoy conservan sus descendientes los Condes de *Altamira*, como marqueses de *Astorga*.—*Sandoval*.—*Gándara*.—*Trelles* y otros.

(6) *Cultrocies.* Hoy santa Maria de *Contrueces*, santuario y palacio edificado por Alfonso III á media legua escasa á *Gijon*, en situacion deliciosa. Fué luego donado por el Rey á los Obispos de Oviedo, que lo poseyeron

hasta 1841, que fue adquirida su propiedad por un particular. Subsiste abierto al culto el santuario ó ermita, que está circundado de una muralla almenada.—*Risco*.—*Carballo*.—*Trelles*, etc.

(7) *Con elegante péñola refiere las proezas de sus esforzados progenitores.* Don Alfonso el Magno escribió un crónicon de las cosas de España, que dedicó á *Sebastian*, Obispo de Salamanca.—*Mariana*.—Casi todos nuestros antiguos historiadores convienen en lo mismo; sin embargo, algunos modernos quieren que el autor de este apreciable crónicon no fue el Rey, y si el Obispo, aunque corre con el nombre del primero.

(8) *Castillo de san Juan.* Se conserva, aunque medio derruido, á la boca de la ria de *Avilés*. Es de fundacion muy antigua, pero ignorada. Hoy es conocido con el nombre de *san Juan de Nieva*.

(9) *Por veces repetidas en el de mi agosto padre.* Muchas fueron las sediciones en el reinado de Alfonso III; las enumeraremos aqui. Apenas proclamado Rey el 6 de mayo de 866, se alzó contra él *Fruela*, Conde de Galicia, hijo del Rey don *Bermudo el Diácono*. Con el auxilio de los magnates de Galicia, logró apoderarse del trono, y don Alfonso hubo de huir á *Alava*, en donde permaneció, hasta que muerto *Fruela* por los ciudadanos de Oviedo, en el mismo palacio real, recobró aquel el cetro. En 867 los *Alaveses*, acaudillados por su Conde *Cilon*, se levantaron, pero fueron vencidos, y el Conde encerrado en la fortaleza de Oviedo.—*Sampiro*.—Apenas sometidos los *Alaveses*, se revelaron los *Vizcainos*, mas tambien fueron avasallados por esta vez, y su señor ó *Jauna* llamado *Zenon*, preso igualmente en Oviedo. Revelaronse de nuevo acaudillados por *Zuria*, llamado el señor blanco, y vencieron á las tropas de Alfonso, que mandaba *Odoario*, en la famosa batalla de *Arriogorriaga*, desde cuya época se cree fue segregada la *Vizcaya* de los estados del Rey de Oviedo. Al quinto año del reinado de Alfonso, se sublevaron contra él sus cuatro hermanos, que tambien fueron sometidos y castigados rigurosamente.—*Sampiro*.—En 884, en tanto que de orden del Rey, don *Diego*, Conde de uno de los castillos de la frontera, de donde aquel país tomó el nombre de *Castilla*, poblaba y fortificaba á *Burgos*, un caudillo llamado *Hano* intentó quitar la vida á don Alfonso, mas fue descubierto y castigado con la pérdida de la vista. Otro rebelde nombrado *Hermenegildo* conspiró con el mismo fin, pero fue muerto con su mujer *Iberia* en 885. Cuatro años despues, el 890 un tal *Witiza* tambien alzó contra el Rey fuerzas considerables, y este hubo de mandar contra él un ejercito que al fin venció al rebelde, que cautivo fue conducido á Oviedo. A *Witiza* siguió otro faccioso llamado *Sarracino*, que con su mujer *Sandina* se levantó, pero ambos fueron vencidos y castigados. Finalmente, en 908 los cinco hijos de Alfonso el magno *Garcia*, *Ordoño*, *Fruela*, *Gonzalo*, que era *Arcediano* de Oviedo; y *Ranimiro*, incitados al parecer por su madre *Doña Jimena*, se rebelaron contra su padre, cuyo célebre acontecimiento, que dió lugar á la abdicacion de Alfonso, forma el asunto de este drama. «Los historiadores contemporáneos, observa *Romey*, no mencionan las causas de aquellas rebeldias tan repetidas que estuvieron alterando desde su principio el reinado de Alfonso, y se cifrarian en la indole del Rey; mas nosotros las atribuimos á la de los vasallos, pues vemos lo mismo en casi todos los reinados de aquella época.

(10) *Rey de las Galicias.* Este dictado daban por aquel tiempo á los Reyes asturianos, como puede verse en las crónicas arabigas y en la bula que el Papa *Juan VIII* dirigió á don Alfonso en 874, que *Mariana* inserta íntegra. Varias veces recibió este embajadores moros, como nos lo asegura la crónica de *Albelda*, cuando dice.—«El ya mencionado *Aldalá* nunca se cansa de enviar comisionados á nuestro Rey para pedirle paz; pero ahora el fin será como fuere del agrado de Dios.» Sobre el extraño contesto de la embajada que aqui se refiere, puede verse á *Conde*, (*Historia de los árabes*) cuando nos instruye, que un general de la esclarecida y real alcurnia de los

Omiades, llamado Abul-Khasem, que mandaba las provincias de Toledo y Talavera, «arrogante y animoso,» juntó una poderosa hueste de 60,000 hombres, y quebrantando la tregua que habia con Aldalá, cercó á Zamora, y «escribió al Rey Asturiano con mucho engreimiento y arrogancia, amenazándole si no se volvía musulmán ó vasallo suyo, de arrojarlo de su territorio y hacerlo padecer una muerte afrentosa é inhumana...» Nosotros nos tomamos la licencia de atribuir este insolente mensaje al Califa ó Emir de Córdoba, y de retrasar este suceso á los últimos tiempos del Reinado de don Alfonso, pues creemos así dar mas interés á nuestro drama, aunque consta que en esta época habia paz entre Asturias y Córdoba. El Califa se llamaba efectivamente Abdalá Ben Mahamed, que reinó desde el 12 de julio de 888 hasta 20 de octubre de 912. — Conde. — Sampiro, etc.

(11) *En el bosque de Nembro.* Nombre de una antigua villa situada en el concejo de Gozon, en aquella parte donde hoy la parroquia de santa Eulalia de Nembro. Conserve una escritura original otorgada á VII de las Calendas de Julio, Era de MCLXVIII, Regnante Rege Adefonso cum Regina Berengaria in Hispania et Legioni, por la que Gonzalo Perez hace donacion al monasterio de san Vicente de Oviedo de la Villa de Nembro, de la Iglesia de santa Eulalia y del inmediato lugar de Heres.

(12) *Desde la fortissima de Gejio.* Este era el nombre que tenia en aquella época la antigua Villa de Gijon, célebre desde el tiempo de los romanos, pues en la península fronterá de su puesto, erigió Lucio Sesto Apulco las famosas aras dichas de su nombre Sextinas. Era pueblo muy fuerte, tanto por su posicion casi aislada, como por estar circundado de altas y gruesas murallas, las que impidieron que fuese asaltada por los piratas Normandos, que desolaron esta costa en 842. Las fortificaciones subsistieron hasta 1382, que fueron derribadas de orden de don Juan I.

(13) *La gloriosa cruz de los Angeles.* Célebre cruz de oro, cubierta de piedras preciosas que el Rey don Alfonso II, llamado el Casto, ofreció á la Catedral de Oviedo, y que segun las piadosas tradiciones del pais, fue fabricada por dos Angeles, disfrazados de peregrinos. Es digna de la observacion del anticuario por el primor y prolija delicadeza con que está ajecutada. Tiene esculpida una inscripcion latina, redactada con los términos siguientes: «Este don permanezca en honra de Dios, siende recibido agradablemente; ofrécelo humildemente el siervo de Cristo Alfonso; con esta señal el buen cristiano es defendido; con esta señales vencido el enemigo. Quien quiera que presumiere quitármela, parezca con el rayo de Dios, sino cuando mi libre voluntad la ofrezca. Acabóse esta obra era de DCCCXLVI.

(14) *Castillo de Boides.* Consta por las crónicas de aquel tiempo, que este castillo edificado por Alfonso el magno, no lejos de Gauzon, servia como este de palacio de recreo. Se ignora de todo punto su situacion precisa. Romey siguiendo á Carballo, dice que hoy se llama Bedes, lugar en el concejo de las Régueras. Nosotros creemos estaria situado en la aldea llamada hoy *Biodo*, atendida la semejanza del nombre, y su cercania al cabo de Peñas, donde suponemos fue el castillo de Gauzon.

(15) *Contra su señor y Rey.* Corria el año de 908, como ya hemos dicho, cuando tuvo lugar la rebelion de los cinco hijos de Alfonso, apoderándose efectivamente de los castillos de Alba, Luna, Gordon, Arbolico, Boides y Culrocios, que á la sazón acababan de construirse. La Reina Doña Jimena estaba al frente de la conjuracion. Sampiro y todos los demas historiadores que le sucedieron. Los motivos de esta no se refieren en ninguna crónica antigua. Mariana opina fue la causa los muchos tributos que impuso Alfonso á sus vasallos, para hacer frente á los gastos que ocasionaban sus continuas y gloriosas expediciones.

(16) *Abrazando la falsa de Mahoma.* «El hermano del Rey llamado Froila, segun cuentan, convicto de promeditador de la muerte del Rey, se refugió á Castilla; pero el señor Rey don Alfonso con el auxilio de Dios, le

prendió y le hizo quitar los ojos, como tambien á sus hermanos Nuño, Veremundo y Odoario. Sin embargo, Veremundo, aunque ciego, logró huir de Oviedo y constituirse soberano independiente en Astúrica (Astorga), donde se mantuvo hasta siete años al arrimo de los árabes, sin duda mancomunándose con ellos contra Alfonso. Este avasalló á Astúrica y precisó al ciego Veremundo á guarecerse á los Sarracenos sus aliados.» — Sampiro, Crónica.

(17) *A la gloriosa Virgen de Covadonga.* El célebre monasterio y Santuario de Covadonga fué fundado por Alfonso I el Católico y su esposa Hormesinda, en accion de gracias á Dios por la renombrada victoria que allí alcanzó don Pelayo, y que dió origen á la monarquía Española que hoy subsiste. La escritura de fundacion puede verse en Risco, España sagrada. En Covadonga se ven los sepulcros de Pelayo, de su esposa Gaudiosa, de Alfonso I y de Hormesinda, y se venera una antiquísima elicie de la Virgen, de mucha devocion en todo Asturias. — Crónica de Alfonso el magno. — Del monge de Albelda. — Sampiro, etc.

(18) *De orden del Rey su padre encerrado en el castillo de Gauzon.* Véanse todos nuestros historiadores desde Sampiro.

(19) *El antiguo monasterio de san Juan de las Dueñas.* Este célebre monasterio de religiosas Benedictinas en Oviedo, era el retiro que solian elegir las princesas que querian consagrarse al claustro, y las Reinas viudas en la época á que nos referimos. Hoy es conocido con el nombre de san Pelayo, advocacion que sustituyó á la antigua desde que fue allí trasladado desde Leon el cuerpo de aquel niño martir que allí se conserva. — Trelles. — Carballo, etc.

(20) *Recuerdas que en Carrion hubo un esclavo sarraceno que intentó asesinate.* «En Carrion un esclavo árabe del Rey, intentó matarle.» — Sampiro.

(21) *De Alfranc.* Este nombre daban los árabes al pais que hoy llaman Francia. — Conde, historia de los árabes.

(22) En 910 abdicó Alfonso III en el palacio de Boides, delante de la familia y toda la grandeza del Reino; dejó: el reino á don Garcia; el Condado de Galicia á don Ordoño, y el de Oviedo á don Fruela. Poco despues murió Alfonso en Zamora, cuando contaba los 58 años de edad, el 19 de diciembre de 910. — Véase Sampiro y todos nuestros historiadores.

(23) *Mi postrera batalla.* Alfonso el Magno, despues de su abdicacion, aun hizo una expedicion contra los moros, en la que salió vencedor. — Todos nuestros historiadores.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO. — Aprobada en sesion de 26 de junio de 1850. — Baltasar Anduaga y Espinosa. = Es copia del original censurado.

Madrid, 1851.

IMPRENTA DE D. VICENTE DE LALANA,

Calle del Duque de Alba, núm. 13.